

Relaciones Bilaterales
— *entre la* —
República Dominicana
y el Gran Caribe



Dr. José Tomás Ares Germán

Relaciones bilaterales entre la República Dominicana y el Gran Caribe

JOSÉ TOMÁS ARES GERMÁN



Relaciones diplomáticas entre la República Dominicana y el Gran Caribe

Autor: José Tomás Ares Germán

Primera edición del INESDYC: 2026

ISBN: 978-9945-623-45-1

COMITÉ DE PUBLICACIONES DEL INESDYC:

Embajador José Rafael Espaillat

Rector

Embajadora Alejandra Liriano

Vicerrectora Académica

Arq. Milagros Nanita-Kennett

Directora de Investigación e Innovación

Ing. Rafael Martí

Encargado del Departamento de Planificación y Evaluación Institucional

Dr. Enrique Soldevilla Enríquez

Encargado de la División de Desarrollo de Material Intelectual

Cuidado de la edición: Enrique Soldevilla Enríquez

José Arnaldo Serulle Ramia

Diseño de portada: Isabel Patricia Méndez

Santo Domingo, República Dominicana 2026

Índice

Prólogo de Francisco Caraballo.....	pág 09
Prefacio.....	pág 13
Capítulo I.	pág 17
El Gran Caribe como espacio geopolítico	
Capítulo II.	pág 25
La política exterior dominicana en perspectiva histórica	
Capítulo III.	pág 33
Vectores estratégicos de las relaciones bilaterales	
Capítulo IV.	pág 47
Las Antillas anglófonas y la Comunidad del Caribe (CARICOM)	
Capítulo V.	pág 53
Las Antillas hispánicas y la República Dominicana	
Capítulo VI.	pág 59
Las relaciones de la República Dominicana con las islas del Caribe Oriental	
Capítulo VII.	pág 65
La República Dominicana y la República de Haití	
Capítulo VIII.	pág 79
La República Dominicana y el Caribe francófono	
Capítulo IX.	pág 85
México y el Caribe Occidental	
Capítulo X.	pág 91
La República Dominicana y el Caribe anglófono	
Capítulo XI.	pág 97
La República Dominicana y el Caribe neerlandés	
Capítulo XII.	pág 103
La República Dominicana y el Caribe neogranadino	
Capítulo XIII.	pág 109
La República Dominicana y el Caribe insular	
Capítulo XIV.	pág 115
La República Dominicana y la Comunidad Caribeña (CARICOM)	

Capítulo XV.	pág 123
La República Dominicana y la Alianza del Caribe (ALCAR)	
Capítulo XVI.	pág 129
La República Dominicana y el Sistema de Integración Centroamericano (SICA)	
Capítulo XVII.	pág 135
La República Dominicana y la Organización de Estados del Caribe Oriental (OECS)	
Capítulo XVIII.	pág 143
La República Dominicana y la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC)	
Capítulo XIX.	pág 147
La República Dominicana y la Alianza del Pacífico (AP)	
Capítulo XX.	pág 153
La República Dominicana y la Organización de Estados Americanos (OEA)	
Capítulo XXI.	pág 159
La República Dominicana y el Mercado Común del Sur (MERCOSUR)	
Capítulo XXII.	pág 163
La República Dominicana y la Alianza de Pequeños Estados Insulares (AOSIS)	
Capítulo XXIII.	pág 169
La República Dominicana y la Organización de las Naciones Unidas (ONU)	
Capítulo XXIV.	pág 173
La posición de la República Dominicana ante el Gran Caribe	
Capítulo XXV.	pág 183
La República Dominicana y su entorno caribeño: Vínculos bilaterales y proyecciones estratégicas	
Capítulo XXVI.	pág 191
Limitaciones estructurales y desafíos para una política regional efectiva en el Gran Caribe	
Capítulo XXVII.	pág 197
Recomendaciones estratégicas para la política exterior dominicana en el Gran Caribe	
Conclusión	pág 203
Bibliografía	pág 207

Prólogo

Prólogo del embajador Francisco A. Caraballo, viceministro de Política Exterior Bilateral, para el libro Relaciones bilaterales entre República Dominicana y el Gran Caribe de la autoría del embajador José Tomás Ares Germán

Toda política exterior comienza con una lectura del mapa, pero alcanza verdadera madurez cuando ese mapa se convierte en conciencia de vecindad. Para República Dominicana, esa conciencia tiene un nombre central: el Caribe. No se trata solamente del mar que nos rodea ni de los países con los que compartimos cercanía territorial. Se trata de una realidad histórica, humana, económica y política que ha influido de manera decisiva en nuestra formación como nación y que continúa marcando muchas de las prioridades de nuestra inserción internacional.

La cuenca caribeña ha sido, desde sus orígenes modernos, un punto de encuentro entre pueblos, culturas, rutas marítimas, intereses estratégicos y proyectos nacionales diversos. En ella conviven lenguas, sistemas políticos, modelos económicos y tradiciones jurídicas distintas. Esa pluralidad, lejos de ser un obstáculo insuperable, constituye una de las mayores riquezas de la región. Comprenderla exige mirar el Caribe como un ámbito de importancia directa para la estabilidad, la prosperidad y la proyección internacional de nuestros países.

En el caso dominicano, esta mirada resulta imprescindible, pues nuestra historia nacional está profundamente vinculada al entorno caribeño. Las relaciones con las islas vecinas, con Centroamérica, con los territorios continentales vinculados al mar Caribe y con los mecanismos regionales de concertación forman parte de una agenda que toca temas esenciales para el presente y el futuro del país. La conectividad, el comercio, la seguridad, la migración, el turismo, la cultura, la gestión de riesgos, la protección de los

recursos marinos y la adaptación climática son áreas en las que ninguna nación puede avanzar de manera aislada.

Por eso, fortalecer la presencia dominicana en el Caribe no debe entenderse como una opción secundaria de nuestra diplomacia. Es una prioridad estratégica. En un escenario internacional marcado por nuevas tensiones geopolíticas, cambios tecnológicos, presiones ambientales y transformaciones en las cadenas de valor, los países del Caribe están llamados a reconocerse con mayor claridad como socios naturales. La cooperación regional, cuando se construye con realismo y continuidad, permite ampliar capacidades, generar confianza y defender con mayor eficacia los intereses compartidos.

Durante las últimas décadas, República Dominicana ha consolidado una participación más activa en los espacios regionales. Su presencia en organismos de diálogo y cooperación hemisférica y caribeña refleja una voluntad de acercamiento que

debe seguir profundizándose con visión de Estado. Esa tarea requiere una comprensión amplia de las particularidades de cada país y subregión. No basta con afirmar una vocación caribeña; es necesario estudiarla, organizarla y traducirla en líneas de acción sostenibles.

En ese propósito se inscribe esta obra del embajador José Tomás Ares Germán. Su libro constituye un aporte oportuno para quienes desean aproximarse con mayor claridad a la relación entre República Dominicana y su entorno caribeño. A través de sus páginas, el autor ofrece una revisión amplia de vínculos bilaterales y espacios de cooperación. La obra tiene el mérito de reunir en un solo volumen una materia dispersa, muchas veces tratada de manera fragmentaria, y presentarla como parte de una reflexión más amplia sobre el lugar del país en su región natural.

El valor de este trabajo se fortalece por la trayectoria de su autor. El embajador Ares Germán conoce la diplomacia desde el ejercicio concreto del servicio exterior. Su experiencia en países del Caribe y de América Latina le permite abordar estos temas con una sensibilidad particular hacia las realidades políticas, culturales e institucionales de la región. Esa combinación de experiencia profesional y vocación de estudio se percibe en el esfuerzo por ordenar una agenda compleja y acercarla a desde los diplomáticos estudiosos a lectores interesados en la política internacional dominicana.

Este libro también nos recuerda que la política exterior se alimenta de continuidad. Las relaciones entre Estados no se construyen únicamente mediante actos protocolarios o declaraciones de ocasión. Requieren presencia, comprensión de los intereses del otro y capacidad para identificar áreas concretas de colaboración. En el Caribe, esa tarea adquiere una relevancia particular, porque nuestros países comparten vulnerabilidades que exigen respuestas coordinadas, pero también poseen fortalezas complementarias que pueden convertirse en motores de desarrollo.

República Dominicana cuenta con condiciones importantes para desempeñar un papel constructivo en esta etapa. Su ubicación, su dinamismo económico, su experiencia turística, su capacidad logística, su estabilidad institucional y su vocación de diálogo la colocan en una posición favorable para contribuir a una mayor articulación regional. Ese papel, sin embargo, debe ejercerse reconociendo la diversidad de nuestros vecinos y procurando siempre una cooperación basada en beneficios recíprocos.

Celebro, por tanto, la publicación de Relaciones bilaterales entre la República Dominicana y el Gran Caribe. Esta obra contribuye a ampliar la conversación sobre una dimensión fundamental de nuestra diplomacia

y ofrece al lector una base útil para comprender mejor la importancia de la región caribeña en la proyección internacional dominicana.

El embajador José Tomás Ares Germán pone en nuestras manos un trabajo que ayuda a mirar con mayor atención nuestro entorno inmediato y a pensar, con sentido estratégico, el papel que República Dominicana puede seguir desempeñando en favor de una región más cercana, más cooperante y mejor preparada para los retos de nuestro tiempo.

Francisco A. Caraballo

Embajador de Carrera
Viceministro de Política Exterior Bilateral
Ministerio de Relaciones Exteriores
República Dominicana
Santo Domingo, mayo de 2026

Prefacio

Escribir este libro ha sido, más que un ejercicio académico, una travesía personal por los caminos que conectan a la República Dominicana con su entorno más inmediato: el Gran Caribe. Esta región, a menudo vista desde fuera como un mosaico disperso de islas y costas, es en realidad un espacio cargado de historia, resistencia, intercambios y posibilidades. Y es también el escenario natural donde se teje, día a día, el destino compartido de nuestras naciones.

Desde hace años me he sentido llamado a estudiar y entender el papel que juega la República Dominicana dentro de este entramado regional. He visto cómo, entre avances y retrocesos, el país ha buscado afirmar su identidad caribeña, tender puentes diplomáticos, participar activamente en foros multilaterales y promover relaciones de cooperación que reflejen no solo intereses estratégicos, sino también lazos de solidaridad, cultura y visión común.

Durante aproximadamente una década tuve el honor de servir como embajador extraordinario y plenipotenciario de la República Dominicana en Jamaica, y durante ese periodo, unos seis años como decano del Cuerpo Diplomático en dicho país. Esta experiencia me permitió conocer en profundidad las particularidades del Gran Caribe no solo desde una perspectiva institucional, sino también desde el sentir de sus pueblos y gobiernos. Mi paso a través de Colombia nos permitió un gran acercamiento con sus ciudades costeras. Uno de los aprendizajes más valiosos fue comprender cómo se percibe la República Dominicana en la región: sus

fortalezas reconocidas, sus debilidades observadas y, sobre todo, la visión que los países caribeños tienen hacia nuestro país.

Este libro es fruto de muchas lecturas, conversaciones, viajes, y también de una profunda admiración por los pueblos del Caribe. Está escrito con la intención de ofrecer una mirada ordenada y analítica sobre las relaciones bilaterales y multilaterales de la República Dominicana con sus vecinos caribeños, sin perder de vista el contexto global en el que estas relaciones se insertan.

Aspiro a que estas páginas sirvan de referencia útil para estudiantes, académicos, diplomáticos, funcionarios públicos y para todos aquellos interesados en comprender cómo se articula nuestra política exterior en este espacio regional. Pero también espero que inviten a la reflexión crítica, al diálogo constructivo y a la necesidad de repensar constantemente nuestro papel en el Caribe.

Agradezco a todas las personas que me acompañaron en este proceso: familiares, amigos, colegas, instituciones que facilitaron información valiosa y, sobre todo, a quienes me alentaron a seguir adelante cuando el proyecto parecía inabarcable. Este libro es también de ustedes.

José Tomás Ares Germán

Introducción

El Gran Caribe, más que una delimitación geográfica, constituye un tejido humano, político y cultural que ha evolucionado a través de siglos de intercambio, resistencia y cooperación. Desde las islas mayores y menores hasta los Estados ribereños de Centroamérica y el norte de Sudamérica, este espacio marítimo y subcontinental configura una región compleja, diversa y, sin embargo, marcada por desafíos comunes. Entre estos desafíos se destacan la vulnerabilidad ambiental, la fragmentación política, las asimetrías económicas y la constante necesidad de articular intereses nacionales con aspiraciones regionales.

En las últimas décadas el escenario internacional y regional ha ido mostrando signos de transformación, obligando a los países caribeños a redefinir sus prioridades en materia de cooperación y alianzas externas. La República Dominicana, en este contexto, ha empezado a replantear su rol en el Caribe, buscando fortalecer sus relaciones con naciones vecinas a través de canales diplomáticos, acuerdos comerciales y espacios multilaterales como el CARIFORO, la Asociación de Estados del Caribe (AEC) y la Comunidad del Caribe (CARICOM).

En este amplio escenario la República Dominicana ocupa un lugar que no puede reducirse a su insularidad ni a su historia compartida con Haití. Su localización estratégica, su crecimiento económico sostenido y su inserción activa en plataformas multilaterales le han conferido un rol cada vez más visible dentro del Caribe ampliado. Aun así, la relación de República Dominicana con el Gran Caribe ha estado, por momentos, subestimada tanto en el análisis académico como en los círculos diplomáticos. Este libro nace precisamente de esa constatación: la necesidad de mirar más allá del horizonte inmediato para comprender la profundidad y los matices de los vínculos bilaterales que el país ha construido —y sigue edificando— con sus vecinos caribeños.

Este análisis no busca hacer un inventario de tratados ni limitarse a una cronología de visitas oficiales. Se trata de una exploración crítica y sistemática de cómo la República Dominicana interactúa con los países del Gran Caribe, y de qué manera esas relaciones reflejan tanto intereses estratégicos como afinidades culturales, desafíos compartidos y oportunidades de convergencia. La obra aborda desde las relaciones con las Antillas anglófonas y francófonas hasta los lazos con América Central, Colombia, Venezuela, México y otros actores clave del entorno caribeño. En cada caso se analizan las dinámicas políticas, comerciales, diplomáticas y de cooperación, con especial atención al contexto regional en constante transformación.

El hilo conductor del análisis es una convicción: la República Dominicana no puede pensarse aisladamente del Caribe, ni el Caribe puede proyectarse con eficacia sin contar con la República Dominicana como un actor articulador. El desarrollo sostenible, la seguridad común, la migración, la integración energética, la seguridad alimentaria, las expresiones artísticas-culturales, la biodiversidad, la protección de nuestro mar común, el Mar Caribe, el turismo regional y la acción climática son campos donde la colaboración no solo es posible, sino necesaria.

Este libro se dirige a lectores interesados en la política internacional, las relaciones bilaterales y los estudios caribeños, pero también a quienes —desde la diplomacia, la academia o la gestión pública— desean comprender mejor la posición dominicana en una región que, a pesar de sus fragmentaciones, comparte un destino profundamente interconectado. Lo que aquí se propone no es una receta ni una visión unívoca, sino una invitación a repensar el lugar del país en su entorno inmediato, con mirada estratégica y solidaria, sensibilidad histórica y vocación regional.

Capítulo I

El Gran Caribe como espacio geopolítico

El Gran Caribe representa una de las regiones más diversas y estratégicas del hemisferio occidental. Aunque comúnmente se lo asocia con un conjunto de islas y zonas costeras circunscritas por el mar Caribe, su verdadero alcance trasciende las fronteras geográficas, constituyéndose como un espacio geopolítico donde convergen dinámicas económicas, vínculos históricos, tensiones diplomáticas y proyectos de integración regional.

La noción ampliada del "Gran Caribe" incluye no solo a los Estados insulares del Caribe, sino también a los países ribereños de América Central, el norte de América del Sur, México y la región meridional de Estados Unidos. Esta amplitud geográfica y cultural convierte a la región en un enlace continental y transoceánico de gran relevancia estratégica.

Históricamente la región ha sido escenario de disputas entre potencias coloniales europeas como España, Francia, Inglaterra y los Países Bajos, cuyas políticas dieron origen a sociedades profundamente heterogéneas en términos culturales, económicos y políticos. El legado colonial dejó estructuras de poder desiguales, muchas de las cuales persisten hasta el presente, condicionando las relaciones interestatales y los procesos de desarrollo.

En el periodo contemporáneo el Gran Caribe continúa siendo un foco de atención para diversos actores globales. Estados Unidos mantiene una influencia significativa por razones geoestratégicas, especialmente en lo relativo al control marítimo, la seguridad regional y las migraciones. A ello se suma la presencia creciente de potencias extrarregionales como China, que ha incrementado su

inversión en infraestructura, energía y comercio en varios países caribeños. De igual manera, Estados latinoamericanos como México, Brasil, Colombia y Venezuela también proyectan influencia a través de iniciativas diplomáticas, acuerdos comerciales y cooperación técnica.

Es importante resaltar que el Caribe se ha consolidado en las últimas dos décadas como un espacio geopolítico de creciente relevancia, en el que convergen intereses económicos, estratégicos y de seguridad de actores globales. En este contexto la interacción entre las estrategias de Estados Unidos y China ha definido las dinámicas de poder regional, configurando un escenario caracterizado por la competencia, la coexistencia y la búsqueda de influencia.

La estrategia estadounidense en el Caribe se fundamenta en una concepción histórica de la región como un espacio vital para su seguridad nacional y estabilidad hemisférica. Su aproximación combina elementos de seguridad, diplomacia, cooperación económica y fortalecimiento institucional. Washington prioriza la estabilidad política, la gobernabilidad democrática, la seguridad marítima, el control migratorio y la lucha contra las economías ilícitas, integrando estos componentes dentro de un marco de cooperación bilateral y multilateral.

Estados Unidos coopera con programas orientados al fortalecimiento institucional, la educación, la salud, la seguridad ciudadana y la resiliencia climática. Además, promueve el sector empresarial estadounidense mediante esquemas de financiamientos. En seguridad y defensa otorga asistencia técnica, entrenamiento militar, cooperación marítima y combate al crimen transnacional. A través de su diplomacia multilateral utiliza organismos regionales y mecanismos hemisféricos para coordinar políticas comunes.

En cuanto a China, su estrategia en el Caribe responde a una lógica de expansión económica global insertada en su proyección internacional y en su iniciativa de conectividad interregional. Pekín concibe al Caribe como una plataforma logística, comercial y diplomática que facilita su inserción en el hemisferio occidental. Su enfoque prioriza la inversión en infraestructuras, el acceso a mercados, la cooperación financiera y la ampliación de su presencia diplomática.

China en sus acciones de conquistas en el gran Caribe otorga préstamos blandos, líneas de créditos y apoyo presupuestario. Realiza inversiones directas en infraestructuras como puertos, carreteras, aeropuertos, telecomunicaciones, energía y viviendas. Además, otorga becas, intercambio académico, capacitación y presencia cultural. Asimismo, su diplomacia bilateral intensiva a través de acuerdos gubernamentales directos, con ejecución rápida de proyectos visibles.

La competencia estratégica entre Estados Unidos y China en el Caribe constituye uno de los principales factores de transformación del entorno geopolítico regional. Mientras Washington apuesta por un modelo basado en gobernanza, institucionalidad y seguridad, Pekín privilegia una aproximación pragmática, centrada en infraestructura y financiamiento. La convergencia de ambos enfoques ofrece oportunidades relevantes para el desarrollo caribeño, siempre que los Estados logren gestionar estas dinámicas con visión estratégica, prudencia diplomática y planificación de largo plazo.

La localización geográfica de la República Dominicana, su cercanía con los principales corredores marítimos del Caribe y su proximidad al territorio continental estadounidense le confieren un alto valor estratégico. Para Estados Unidos el país representa un socio fundamental en términos de seguridad regional, estabilidad política, control migratorio, comercio y cooperación antinarcóticos.

Simultáneamente, China percibe a la República Dominicana como un punto de entrada relevante al Caribe y América Latina, con potencial para el desarrollo de infraestructura logística, comercio, turismo, telecomunicaciones y energía. Esta convergencia de intereses posiciona al país en un espacio de atención geopolítica creciente, donde cada decisión estratégica adquiere una dimensión regional y hemisférica.

El Caribe no puede entenderse como una entidad uniforme. La región presenta una profunda heterogeneidad política e institucional, coexistiendo democracias consolidadas, monarquías parlamentarias, regímenes autoritarios y territorios dependientes. En el plano económico existen marcadas asimetrías entre países de renta media alta, como Trinidad y Tobago o Panamá, y naciones con fuerte dependencia de sectores vulnerables como el turismo o las remesas, casos de Haití y San Vicente y las Granadinas. Esta diversidad genera retos para la integración, pero también oportunidades para construir mecanismos de cooperación diferenciados.

Los desafíos compartidos actúan como catalizadores para la acción colectiva. La inseguridad alimentaria, la protección del medio ambiente, el cambio climático, el aumento del nivel del mar, la inseguridad marítima, el narcotráfico y la migración forzada requieren respuestas coordinadas. La dependencia económica de sectores frágiles dejó a varios países altamente expuestos durante crisis globales como la pandemia de la COVID-19, lo que evidenció la necesidad de una mayor resiliencia regional.

En este contexto, organismos como la Asociación de Estados del Caribe (AEC), establecida en 1994, promueven el diálogo político, la cooperación en gestión de riesgos y la integración económica. Por su parte, CARICOM ha avanzado en el comercio intrarregional y la libre circulación de personas, aunque enfrenta retos estructurales. Otras plataformas como la CELAC y el SICA

también intentan consolidar espacios de coordinación regional, aunque con distintos niveles de efectividad.

Desde una perspectiva geoestratégica el Gran Caribe tiene una localización privilegiada. En efecto, su proximidad al Canal de Panamá, su conexión entre el Atlántico y el Pacífico y su papel en las rutas del comercio energético le otorgan una importancia crucial para la seguridad hemisférica. Esta ubicación ha motivado la instalación de bases militares, acuerdos bilaterales y programas de cooperación por parte de actores externos interesados en preservar su influencia en la región¹ (US Southern Command, 2021).

Económicamente, la región enfrenta barreras estructurales como los elevados costos logísticos, la fragmentación territorial y la limitada diversificación productiva. Sin embargo, también existen oportunidades emergentes en áreas como las cadenas de suministros regionales, la conectividad energética y el transporte marítimo.

En este entramado complejo la República Dominicana desempeña un rol clave como puente de comunicación y articulación. Su localización en el corazón del Caribe, su crecimiento económico sostenido y su activa diplomacia la convierten en un actor con capacidad para tender puentes entre el Caribe insular y América Latina. Su potencial como promotor de iniciativas multilaterales y como mediador en foros regionales es considerable, siempre que continúe vigorizando su presencia institucional. Este activismo diplomático ha contribuido a consolidar su imagen como actor confiable y facilitador de procesos de concertación regional.

¹ El Comando Sur de Estados Unidos (USSOUTHCOM) es uno de los diez comandos de combate unificados pertenecientes al Departamento de Defensa de los Estados Unidos. Se encarga de apoyar los objetivos de seguridad nacional de los EE. UU., defender los acercamientos sureños de EE. UU. y promover la seguridad y la estabilidad regional.

Entender al Gran Caribe como espacio geopolítico exige una visión sistémica e interdependiente. Esta concepción permite trascender lecturas fragmentadas y considerar las relaciones regionales en función de patrones de cooperación, conflicto y complementariedad. La región no puede reducirse a un simple conjunto de islas turísticas, sino que debe ser vista como un sistema complejo donde convergen intereses globales, historias compartidas y desafíos comunes.

A lo largo de su historia el Caribe ha sido moldeado por procesos de colonización, comercio forzado y movimientos por la autodeterminación. La coexistencia de múltiples legados culturales —europeo, africano, asiático e indígena— ha generado una diversidad notable, pero también una base común para construir identidades compartidas. Si bien la región ha sido considerada tradicionalmente como una periferia estratégica, su papel en la geopolítica global sigue siendo relevante.

Pese a las divisiones lingüísticas, políticas y económicas el Caribe ha mostrado una creciente voluntad de convergencia. La cooperación frente a desastres naturales, el impulso de una economía más sostenible y la necesidad de enfrentar desafíos transnacionales como el narcotráfico o la degradación ambiental refuerzan la necesidad de avanzar hacia una mayor cohesión.

En suma, el Gran Caribe no solo constituye una región compartida por geografía, sino también un espacio geopolítico en construcción. Su proyección futura dependerá de la capacidad de sus Estados para actuar de manera conjunta, construir consensos y aprovechar su diversidad como un activo estratégico.

Capítulo II

La política exterior dominicana en perspectiva histórica

La política exterior de la República Dominicana ha sido históricamente un reflejo de las tensiones internas del país, sus aspiraciones de desarrollo y la necesidad de insertarse en un entorno regional y global cambiante. Desde la proclamación de la independencia en 1844 el Estado dominicano ha buscado reafirmar su soberanía, asegurar su integridad territorial y encontrar aliados estratégicos que contribuyeran a su estabilidad política y económica. Esta búsqueda ha pasado por distintas etapas marcadas por condicionantes geopolíticos, liderazgos presidenciales y transformaciones del orden internacional.

Durante los últimos 56 años del siglo XIX la política exterior estuvo dominada por la necesidad de consolidar la independencia frente a Haití y enfrentar las amenazas de recolonización por parte de potencias europeas. La firma del fallido Tratado de Anexión a España en 1861, así como los acercamientos a Estados Unidos para obtener protección, son hechos que evidencian una diplomacia de supervivencia marcada por la debilidad institucional y las presiones externas. La Restauración de la República en 1865, tras una cruenta guerra, supuso un punto de inflexión. Fue entonces cuando se reafirmó el principio de soberanía como eje del accionar internacional dominicano.

El régimen que encabezó Rafael Leónidas Trujillo Molina (1930–1961) transformó radicalmente la diplomacia dominicana. Trujillo utilizó la política exterior como un instrumento de legitimación interna y de control internacional, desplegando una red de embajadas activas y participando con énfasis en organismos multilaterales, aunque a la vez se aislaba por sus prácticas represivas. La "diplomacia personalista" de Trujillo contrastaba con

los principios democráticos que comenzaban a consolidarse en el hemisferio. Casos como el asesinato de las hermanas Mirabal o el intento de magnicidio contra el presidente de Venezuela, Rómulo Betancourt, deterioraron la imagen exterior del régimen.

El período comprendido entre 1961 y 1965 representa una etapa crucial en la historia contemporánea de la República Dominicana. Estos años marcaron el tránsito abrupto desde un prolongado régimen autoritario hacia un proceso incierto de institucionalización democrática caracterizado por tensiones políticas, conflictividad social, polarización ideológica e intensa influencia internacional. La complejidad de esta transición definió los cimientos del sistema político dominicano moderno.

En diciembre de 1962 se celebraron elecciones libres, las primeras en más de treinta años, resultando electo presidente Juan Bosch, líder del Partido Revolucionario Dominicano. Su llegada al poder simbolizó una ruptura histórica con el pasado autoritario y generó amplias expectativas de cambio político, institucional y social. En 1963 fue promulgada una nueva Constitución, considerada avanzada para su época, al consagrar derechos fundamentales, limitar privilegios tradicionales y establecer controles democráticos al ejercicio del poder.

El 25 de septiembre de 1963 un golpe de Estado derrocó al gobierno constitucional de Bosch, instaurando un régimen provisional conocido como el Triunvirato. Este nuevo gobierno enfrentó desde sus inicios una profunda crisis de legitimidad, caracterizada por protestas sociales, inestabilidad económica, represión política y creciente fragmentación institucional.

El 24 de abril de 1965 estalló una insurrección cívico-militar encabezada por sectores constitucionalistas que exigían la restauración de la Constitución de 1963 y el retorno de Bosch al poder. Este levantamiento derivó rápidamente en una guerra civil con intensos combates

en la ciudad de Santo Domingo. Ante la escalada del conflicto y el temor a un desenlace favorable a sectores considerados radicales en el contexto de la Guerra Fría, Estados Unidos intervino militarmente el 28 de abril de 1965, bajo la administración del presidente Lyndon B. Johnson.

Luego del conflicto armado de abril de 1965 y la posterior mediación internacional, el país inició un proceso de reorganización institucional orientado a restaurar el orden público y la gobernabilidad. La prioridad fundamental fue evitar un nuevo ciclo de inestabilidad política, en un contexto regional influido por la polarización ideológica propia de la Guerra Fría.

En 1966 se celebraron elecciones generales, que marcaron el inicio de un nuevo ciclo político. Resultó electo presidente Joaquín Balaguer, quien gobernaría de manera casi ininterrumpida durante los siguientes doce años (1966-1978).

Luego de un periodo convulso y de golpe a la institucionalidad democrática, se inicia en 1978 una diplomacia más profesional y multilateral. Desde entonces, la República Dominicana ha priorizado la participación en foros regionales, la diversificación de socios estratégicos y el fortalecimiento de su imagen internacional. La política exterior comenzó a responder a desafíos globales como el desarrollo sostenible.

Durante los gobiernos de Joaquín Balaguer, y posteriormente con líderes como Leonel Fernández y Danilo Medina, la diplomacia dominicana buscó proyectarse como un actor confiable en la región, promoviendo el desarrollo económico mediante la atracción de inversión extranjera directa y la firma de tratados de libre comercio. También se fortaleció la participación del país en cumbres iberoamericanas,

espacios de cooperación Sur-Sur y mecanismos regionales como Petrocaribe y la CELAC.

Durante el gobierno del presidente Luis Abinader en el periodo 2020-2024, la política exterior dominicana ha experimentado una reconfiguración significativa, marcada por un contexto internacional complejo, caracterizado por la pandemia de COVID-19, la recomposición de las cadenas globales de suministro, el aumento de las tensiones geopolíticas, la crisis climática y la transformación del multilateralismo buscando combinar principios tradicionales —como el respeto al derecho internacional, la solución pacífica de controversias y la no intervención— con una estrategia moderna centrada en la diplomacia económica, la cooperación internacional, la defensa de la democracia y la sostenibilidad.

En las últimas décadas el país ha profundizado su inserción regional a través de su participación en la CELAC,² la AEC,³ el SICA⁴ y otras instancias multilaterales. De la misma manera, ha promovido activamente una diplomacia económica mediante tratados comerciales, convenios de cooperación y misiones comerciales.

Esta trayectoria refleja una política exterior en proceso de maduración. Si bien es cierto que la República Dominicana aún enfrenta limitaciones en cuanto a sostenibilidad, articulación institucional y presencia consular, ha avanzado hacia una estrategia más coherente y diversificada.

² CELAC es un foro regional que reúne a treinta y tres países de América Latina y el Caribe para dialogar y cooperar en áreas políticas, económicas y sociales.

³ La Asociación de Estados del Caribe es un organismo regional que procura el fortalecimiento e integración de los países de la zona del mar Caribe, con el objetivo de crear un espacio económico común, preservar el mar y promover el desarrollo sustentable de sus miembros.

⁴ El Sistema de la Integración Centroamericana (SICA), es el marco institucional de la Integración Regional Centroamericana, creado por los Estados de Costa Rica, El Salvador, Guatemala, Honduras, Nicaragua, Panamá. Posteriormente se adhirieron como miembros plenos Belize en el año 2000 y, a partir de 2013, la República Dominicana.

Históricamente la proyección hacia el Caribe —y en particular hacia el Gran Caribe— ha sido tardía y condicionada por factores domésticos y externos. A lo largo del siglo XX el enfoque bilateral con Estados Unidos predominó, en detrimento de una integración regional más robusta. La diplomacia durante el régimen de Trujillo respondió a objetivos propagandísticos más que a una visión integracionista.

Fue a partir de los años noventa cuando se evidenció un mayor interés por el entorno inmediato. La participación en el SICA, el acercamiento a CARICOM y la adhesión a la AEC marcaron el inicio de una política más abierta al Caribe. Sin embargo, desafíos como la relación con Haití, las diferencias lingüísticas y los rezagos institucionales han limitado el alcance de esta apertura.

Desde comienzos del siglo XXI la política exterior ha adoptado una visión más moderna y diversificada, incluyendo temas como el cambio climático, la migración y la integración productiva. El Caribe ha comenzado a ocupar un lugar más prominente, impulsado por la interdependencia regional y el reconocimiento de riesgos compartidos.

La diplomacia dominicana todavía sufre de discontinuidades, baja cobertura consular en ciertos países del Caribe, limitada promoción cultural y escasa coordinación interinstitucional. Además, la percepción de ambigüedad geopolítica —entre el Caribe, América Latina y América del Norte— continúa afectando su inserción regional.

Asimismo, la política exterior ha debido enfrentar nuevos desafíos como la cuestión migratoria con Haití, el cambio climático, la cooperación para el desarrollo y la defensa de los intereses del país en la diáspora. La profesionalización del servicio exterior, la diplomacia cultural y la promoción turística forman parte de una

visión más integral y proactiva del papel de República Dominicana en el mundo.

En síntesis, la política exterior dominicana ha evolucionado desde una lógica de sobrevivencia estatal hacia una estrategia más articulada y global. La afirmación de su identidad caribeña y latinoamericana representa una oportunidad estratégica, aunque su concreción requiere superar debilidades institucionales y consolidar una visión de largo plazo.

La lectura histórica permite entender que, ante un contexto internacional cambiante, la diplomacia dominicana sigue articulando objetivos de soberanía, desarrollo y prestigio internacional en un Caribe cada vez más interdependiente.

Capítulo III

Vectores estratégicos de las relaciones bilaterales

Las relaciones internacionales de un país no son producto exclusivo de la diplomacia oficial o de los acuerdos formales. Estos vínculos se construyen a través de una variedad de vectores estratégicos que abarcan desde el comercio y la inversión hasta la cooperación en seguridad, cultura y medio ambiente. En el caso de la República Dominicana la interacción bilateral con los países del Gran Caribe ha estado marcada por la combinación de factores geopolíticos, económicos, culturales y sociales que configuran una red densa de intereses compartidos y desafíos comunes.

Más allá de los instrumentos tradicionales del derecho internacional, los nexos bilaterales encuentran canales dinámicos que permiten articular la acción exterior del Estado dominicano con las agendas y capacidades de sus socios caribeños. Estos vectores no actúan de manera aislada, sino que se interrelacionan y retroalimentan, proyectando una imagen más integral del papel dominicano en el entorno regional.

El comercio internacional representa uno de los principales vectores estructurales de las relaciones bilaterales. En el Gran Caribe la República Dominicana ha buscado posicionarse como un *hub* logístico y comercial de bienes y servicios. A través de acuerdos bilaterales y regionales —como el EPA con la Unión Europea o los acuerdos con CARICOM— el país ha favorecido el acceso preferencial a mercados clave. Además, el flujo de inversión extranjera directa (IED) en sectores estratégicos como el turismo, las zonas francas, la energía renovable y la infraestructura ha fortalecido los vínculos económicos con naciones caribeñas, latinoamericanas y extrarregionales.

La cooperación internacional para el desarrollo constituye uno de los pilares más dinámicos y estratégicos de la política exterior dominicana hacia el Gran Caribe. Más allá de la asistencia tradicional este vector se ha transformado en una plataforma de asociación y corresponsabilidad, en la cual la República Dominicana no solo actúa como país receptor, sino también como oferente de cooperación técnica, especialmente en el marco de la cooperación Sur-Sur y triangular.

En las últimas décadas el país ha fortalecido sus capacidades institucionales mediante el diseño de una política nacional de cooperación coherente con sus prioridades de desarrollo y sus compromisos multilaterales. La Dirección General de Cooperación Multilateral (DIGECOOM) y la Agencia de Cooperación Internacional (ADOPE) han desempeñado papeles fundamentales en la canalización de recursos provenientes de socios tradicionales —Unión Europea, el BID, la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo (AECID) y la cooperación francesa— así como en la articulación de acciones con socios regionales (Haití, Cuba, Jamaica, Trinidad y Tobago y el conglomerado de países miembros de la AEC).

En el ámbito bilateral cabe destacar proyectos emblemáticos en áreas como la salud pública, la formación profesional, el desarrollo rural, la gestión integral del riesgo, el fortalecimiento institucional y la transición energética. Por ejemplo, son relevantes las iniciativas conjuntas con Haití en materia de gestión de enfermedades transmisibles, seguridad alimentaria en zonas fronterizas y capacitación de personal técnico. Todo esto refleja un enfoque de interdependencia pragmática.

A nivel regional la República Dominicana ha participado en procesos de discusión, análisis, programas y proyectos de la AEC y del SICA. De esta manera se ha contribuido al diseño de estrategias colectivas sobre cambio climático,

turismo sostenible, desarrollo portuario, movilidad aérea y marítima, y logística regional. Estos esfuerzos no solo mejoran la resiliencia de los Estados insulares y costeros del Caribe, sino que también promueven la integración efectiva basada en el desarrollo conjunto.

De igual forma, la cooperación internacional ha permitido el fortalecimiento de redes académicas y científicas en la región, facilitando el intercambio de experiencias, la movilidad académica y la producción de conocimiento aplicado. La participación de universidades dominicanas en consorcios financiados por programas como Erasmus+,⁵ ALFA⁶ y Horizon Europe,⁷ ha favorecido una mayor conectividad con instituciones de educación superior caribeñas y europeas.

Otro aspecto relevante es la progresiva incorporación de la perspectiva de género, la inclusión social y la sostenibilidad ambiental en los programas de cooperación bilateral. Esto ha permitido alinear los proyectos con la Agenda 2030 de las Naciones Unidas y con los Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS), consolidando a la República Dominicana como un actor regional comprometido con el desarrollo humano integral.

En definitiva, la cooperación internacional para el desarrollo no solo representa un instrumento de apoyo externo, sino un componente esencial de la proyección internacional de la República Dominicana. Su capacidad para generar confianza, compartir buenas prácticas y

⁵ Erasmus+ es el programa de la Comisión Europea para la educación, la formación, la juventud y el deporte.

⁶ ALFA es un programa diseñado por la Unión Europea para trabajar en materia de cooperación con las regiones del Caribe y América Latina.

⁷ Horizonte Europa es el principal programa de financiación de la UE para investigación e innovación.

construir capacidades comunes le otorga una dimensión estratégica dentro del sistema de relaciones bilaterales y regionales en el Gran Caribe.

La cooperación en materia de seguridad y defensa ha adquirido una relevancia creciente en las relaciones bilaterales de la República Dominicana con los países del Gran Caribe. Esta región comparte múltiples desafíos comunes en materia de crimen organizado transnacional, tráfico ilícito de armas y drogas, corrupción, migración irregular y delitos medioambientales, los cuales demandan respuestas coordinadas y permanentes.

La República Dominicana ha suscrito acuerdos bilaterales de asistencia técnica y operativa con países como Jamaica, Haití, Trinidad y Tobago, y Panamá, orientados a fortalecer el control fronterizo, la vigilancia marítima y la cooperación en inteligencia criminal. De igual forma, ha mantenido una presencia activa en foros regionales como la Conferencia de Seguridad del Caribe (CANSEC), promovida por Estados Unidos, y en reuniones del Sistema de Seguridad Regional (RSS, por sus siglas en inglés), como observador estratégico.

En este contexto, uno de los avances más significativos ha sido la puesta en práctica de patrullajes navales conjuntos en zonas del mar Caribe afectadas por la piratería moderna, el contrabando y la pesca ilegal. Esta colaboración no solo refuerza la presencia soberana en aguas compartidas, sino que también genera confianza mutua y establece canales de comunicación directa entre las fuerzas armadas y policiales de los países involucrados.

Asimismo, la formación de personal en materia de ciberseguridad, protección civil y manejo de crisis humanitarias ha sido facilitada por programas de cooperación regional con apoyo de organismos como la OEA, la CARICOM y el PNUD. Estas iniciativas han

contribuido al fortalecimiento de capacidades nacionales y a la armonización de protocolos en situaciones de emergencia y seguridad humana.

Por tanto, la cooperación en seguridad y defensa ha dejado de ser un componente exclusivamente militar o reactivo para convertirse en un espacio de articulación estratégica entre los Estados del Gran Caribe, proactivo. En este sentido la República Dominicana ha demostrado una vocación de liderazgo y de diplomacia preventiva, apostando por soluciones compartidas a amenazas comunes.

La dimensión cultural y educativa de la cooperación bilateral se ha consolidado como un vector esencial para la construcción de afinidades duraderas entre los pueblos del Gran Caribe. La diplomacia cultural dominicana ha sabido aprovechar los elementos de identidad compartida, memoria histórica, diversidad lingüística y creación artística que caracterizan a la región, para fomentar la integración desde el plano simbólico y humano.

Desde la Cancillería dominicana, las embajadas y los consulados han promovido la realización de festivales de cine caribeño, exposiciones de arte regional, conciertos binacionales y seminarios académicos con el fin de destacar las expresiones culturales caribeñas. Estas actividades no solo fortalecen los lazos bilaterales, sino que también amplifican la proyección del país como un actor culturalmente influyente dentro del espacio insular y continental del Caribe, proactivo.

En el plano educativo la cooperación se ha expresado en programas de becas, convenios entre universidades, movilidad estudiantil y profesional, y en la creación de centros de investigación conjuntos. Las universidades dominicanas, en coordinación con sus pares en Haití,

Cuba, Puerto Rico y otras islas del Caribe, han participado en redes académicas que permiten el intercambio de experiencias, el desarrollo de proyectos interdisciplinarios y la formación de nuevos liderazgos regionales.

La participación dominicana en iniciativas como Erasmus+, Horizon Europe y Campus Iberoamérica⁸ ha abierto oportunidades para que estudiantes y académicos dominicanos se formen en universidades europeas con conexiones caribeñas, a la vez que se impulsa la internacionalización de la educación superior dominicana. También se han establecido convenios con universidades del Caribe anglófono, en particular de Jamaica y Barbados (la West Indies University), para fomentar la investigación en turismo, sostenibilidad, energía y estudios afrocaribeños.

Otro eje significativo ha sido la promoción del multilingüismo. La enseñanza del francés, inglés y neerlandés en instituciones dominicanas y la difusión del español en centros culturales y universidades de países vecinos han permitido un mayor entendimiento intercultural y ha facilitado el diálogo diplomático y técnico.

En síntesis, la cultura y la educación no solo constituyen instrumentos de poder blando, sino que refuerzan las bases sociales, éticas y simbólicas de las relaciones bilaterales dominicanas en el Gran Caribe. Estos vectores son indispensables para consolidar una comunidad regional con visión compartida y capital humano preparado para los retos del siglo XXI.

⁸ Campus Iberoamérica es el proyecto iberoamericano que impulsa la movilidad de estudiantes, investigadores/as y trabajadores/as entre los 22 países de Iberoamérica, con el fin de que puedan ampliar estudios, investigar y/o realizar prácticas laborales en otros países de la región.

El vector medioambiental ha emergido como una dimensión transversal y estratégica dentro de las relaciones bilaterales de la República Dominicana con los países del Gran Caribe. Esta región, compuesta por naciones insulares y costeras, se encuentra entre las más vulnerables del mundo frente a los efectos del cambio climático, tales como el aumento del nivel del mar, la intensificación de huracanes, la degradación de los ecosistemas costeros y la pérdida de biodiversidad.

Ante este panorama la cooperación en materia ambiental se ha transformado en una prioridad diplomática. La República Dominicana ha promovido acuerdos bilaterales y proyectos regionales orientados al fortalecimiento de las capacidades institucionales para la resiliencia climática, la disminución del riesgo de desastres, la gestión sostenible de los recursos naturales y la transición energética hacia fuentes renovables.

Entre las acciones más destacadas figura la participación del país en el diseño de la Estrategia Caribeña de Desarrollo Sostenible, que busca coordinar respuestas comunes a los desafíos medioambientales. A nivel bilateral se han desarrollado proyectos con Haití para la reforestación de zonas fronterizas, así como con Jamaica y Puerto Rico en áreas como la conservación marina, el turismo ecológico y la reducción de residuos plásticos en ecosistemas costeros.

Además, la República Dominicana ha tenido una presencia activa en foros multilaterales como la Convención Marco de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático (CMNUCC) y la Alianza de Estados Insulares en Desarrollo (AOSIS), donde ha abogado por un financiamiento climático más justo y por la transferencia de tecnologías verdes hacia países en desarrollo.

El país ha logrado, en parte gracias a la cooperación internacional, el desarrollo de marcos regulatorios

avanzados en materia de adaptación climática, gestión de desastres y desarrollo urbano sostenible, que son compartidos con otros Estados del Gran Caribe como buenas prácticas. En este sentido la Agencia Nacional de Cambio Climático (CNCCMDL), con apoyo del BID y de agencias de cooperación europea, ha fortalecido su capacidad de monitoreo climático y de formulación de políticas públicas basadas en evidencia científica.

Una dimensión innovadora de la cooperación ambiental ha sido la integración de comunidades locales y actores no estatales, como organizaciones no gubernamentales (ONG), universidades y gobiernos municipales, en los proyectos de conservación y mitigación. Esto no solo democratiza la gobernanza ambiental, sino que promueve una sostenibilidad más inclusiva y con arraigo territorial.

En síntesis, el vector medioambiental refleja cómo la República Dominicana ha transformado su vulnerabilidad climática en una plataforma para la cooperación regional. Su estrategia exterior en este ámbito combina la acción diplomática, la ciencia aplicada y la integración con otros países del Caribe, generando sinergias sostenibles que van más allá de lo bilateral y que se proyectan hacia un enfoque de desarrollo común.

La transformación digital es un vector clave para el desarrollo contemporáneo y un área emergente en la cooperación bilateral entre la República Dominicana y los países del Gran Caribe. La conectividad tecnológica no solo es vital para el comercio, la educación o la gobernanza, sino que también actúa como un catalizador para la integración regional, especialmente entre Estados insulares que enfrentan limitaciones de escala y aislamiento geográfico.

En este marco la República Dominicana ha impulsado programas bilaterales orientados al fortalecimiento de infraestructuras digitales, el desarrollo de plataformas de

gobierno electrónico y el intercambio de buenas prácticas en ciberseguridad y alfabetización digital. Ejemplos de ello son los acuerdos con Trinidad y Tobago para el intercambio de datos en comercio marítimo, y con Barbados y Jamaica en la educación a distancia, impulsada por plataformas digitales conjuntas.

Adicionalmente, la colaboración con organismos multilaterales como la OEA y la Unión Internacional de Telecomunicaciones (UIT) ha permitido crear capacidades institucionales en tecnologías emergentes como *blockchain*, inteligencia artificial y digitalización de procesos aduaneros, con los países caribeños.

El vector migratorio constituye un componente humano y sociocultural fundamental en las relaciones bilaterales. Las dinámicas migratorias entre la República Dominicana y el Gran Caribe incluyen flujos laborales, movilidad estudiantil, migración forzada por desastres naturales, así como el establecimiento de comunidades que mantienen vínculos activos con sus países de origen.

La migración haitiana hacia territorio dominicano representa uno de los ejes más visibles, pero no es el único. Existen también comunidades dominicanas significativas en islas como Puerto Rico, Saint Martin, Antigua, que actúan como puentes culturales y económicos entre los Estados. La cooperación bilateral en este ámbito ha incluido acuerdos sobre regularización de estatus migratorio, protección de derechos laborales y retorno voluntario asistido.

Además, las diásporas han sido integradas en estrategias de desarrollo como inversionistas, promotores turísticos y actores de diplomacia ciudadana. El país ha desarrollado el programa *RD-País de Retorno* y plataformas como *Ventanilla del Dominicano en el Exterior* para fortalecer la conexión con sus nacionales en el Caribe insular.

Finalmente, el vector de diplomacia multilateral ocupa un lugar destacado en la proyección de la República Dominicana como actor responsable en el Gran Caribe. A través de su participación en organizaciones como la AEC, CARICOM, SICA y la OEA, el país ha promovido el fortalecimiento del regionalismo caribeño, basado en principios de solidaridad, complementariedad y desarrollo sostenible.

La diplomacia dominicana ha priorizado la convergencia institucional entre América Central, el Caribe anglófono y los Estados miembros de la AEC, promoviendo agendas comunes en temas como seguridad alimentaria, cambio climático, comercio intrarregional y gobernanza marítima. La iniciativa de crear una *Agenda de Cooperación Triangular Caribeña*, apoyada por países europeos como España y Francia, ha sido un paso innovador hacia nuevas formas de asociación estratégica.

Asimismo, el país ha sido sede de foros clave, como la Cumbre de jefes de Estado de la AEC (2016) y la Reunión Ministerial de Relaciones Exteriores del SICA (2023), consolidando su rol como facilitador del diálogo y la concertación política en el espacio geopolítico caribeño.

Vectores estratégicos de las relaciones bilaterales



Comercio y dinamismo económico

Acuerdos para acceso a mercados y atracción de inversiones



Diplomacia política y alianzas multilaterales

Participación en foros como CELAC y OEA para proyección regional



Seguridad y cooperación en defensa

Tratados contra crimen organizado y protección de fronteras



Intercambios culturales y diplomacia pública

Promoción del patrimonio y programas académicos



Ciencia, tecnología y cooperación al desarrollo

Acuerdos en áreas como salud y energías renovables



Migración y diáspora

Vinculos con comunidades en el exterior e inversión de remesas

Capítulo IV

Las Antillas anglófonas y la Comunidad del Caribe (CARICOM)

Las Antillas anglófonas, conformadas por Jamaica, Barbados, Trinidad y Tobago y Guyana, así como por los Estados insulares del Caribe Oriental, representan un componente estratégico dentro del entramado geopolítico del Gran Caribe. Estas naciones, herederas de una historia común marcada por el colonialismo británico, comparten además estructuras institucionales similares, sistemas jurídicos basados en la *common law* y una arraigada cultura democrática. En las últimas décadas la República Dominicana ha intensificado sus vínculos con este grupo de países, especialmente a través de su participación como Estado observador en la CARICOM, lo cual ha servido como plataforma para el fortalecimiento de sus relaciones bilaterales.

La CARICOM, fundada el 4 de julio de 1973 mediante el Tratado de Chaguaramas (Trinidad y Tobago), entro en vigor el 1 de agosto de ese año y sustituyó a la Asociación Caribeña de Librecomercio creada en 1965. Agrupa actualmente a 15 Estados miembros y 5 asociados. Su mandato principal es promover la integración económica, armonizar políticas y fomentar la cooperación en sectores clave como salud, educación, comercio, seguridad y cambio climático. Aunque la República Dominicana no es miembro pleno, su rol como Estado observador ha sido relevante para su estrategia de inserción en el espacio anglófono del Caribe.

El primer acercamiento formal entre la República Dominicana y CARICOM se remonta a la década de 1990, en el marco de los esfuerzos por profundizar la cooperación regional tras el fin de la Guerra Fría. Desde entonces el país caribeño ha consolidado relaciones diplomáticas y comerciales con Estados miembros como Trinidad y Tobago, Barbados y Jamaica. La complementariedad permite un flujo constante de bienes

y servicios, facilitado además por acuerdos bilaterales y marcos regulatorios que promueven el comercio.

No obstante, los intercambios de cualquier índole enfrentan desafíos estructurales. Uno de los más notorios es la diferencia lingüística: mientras la República Dominicana utiliza el español, CARICOM opera fundamentalmente en inglés. Esta divergencia ha dificultado la integración técnica en áreas como la gobernanza institucional y la cooperación legislativa. Aunque se han implementado mecanismos de traducción en foros regionales, la brecha comunicacional sigue representando un obstáculo práctico.

Otro punto que afecta la relación fluida ha sido la divergencia en los modelos de desarrollo e integración. Mientras que los Estados anglófonos del Caribe tienden a privilegiar el multilateralismo regional, la República Dominicana ha favorecido un enfoque mixto, centrado en la negociación bilateral y en su articulación con mecanismos hemisféricos como el Sistema Interamericano y acuerdos con la Unión Europea y Estados Unidos.

Sin embargo, existen amplias áreas de convergencia que ofrecen oportunidades de cooperación ampliada. En el campo energético Trinidad y Tobago -importante productor de gas natural y derivados- podría constituir un socio estratégico para la República Dominicana en el marco de su transición hacia energías limpias y la diversificación de su matriz energética nacional.

En materia de seguridad la amenaza compartida del narcotráfico y el crimen transnacional ha impulsado una agenda común. Las rutas del narcotráfico que atraviesan el Caribe han convertido a varias islas en puntos clave de tránsito hacia América del Norte, lo que ha motivado la puesta en práctica iniciativas de cooperación, como el Sistema Regional de Seguridad (RSS, por sus siglas en

inglés) y programas conjuntos en capacitación policial e intercambio de inteligencia. La República Dominicana ha contribuido activamente en estas iniciativas, fortaleciendo sus capacidades en seguridad fronteriza y vigilancia marítima.

El turismo representa otra esfera significativa de interacción. La República Dominicana es el principal destino turístico del Caribe insular, lo que la posiciona como un referente en políticas de desarrollo turístico sostenible. La cooperación con los Estados miembros de CARICOM en materia de promoción conjunta de la región, capacitación de recursos humanos y regulación ambiental del turismo podría potenciar la competitividad del Caribe como destino global.

En el plano educativo se ha observado un crecimiento de los intercambios académicos entre instituciones dominicanas y caribeñas. Universidades dominicanas han comenzado a atraer estudiantes internacionales de las Antillas anglófonas, especialmente en disciplinas como medicina, ingeniería y ciencias ambientales. A la par, se han establecido programas de movilidad estudiantil e investigación conjunta con universidades del Caribe Oriental y de Jamaica. Esta cooperación educativa contribuye a la integración sociocultural y a la creación de capacidades humanas regionales.

En síntesis, la relación entre la República Dominicana y las Antillas anglófonas se encuentra en un proceso de maduración articulado por una historia compartida, desafíos estructurales y un potencial significativo de colaboración en áreas estratégicas. Si bien persisten obstáculos lingüísticos y diferencias institucionales el marco que ofrece CARICOM, sumado a los intereses convergentes en seguridad, educación, energía y comercio, puede consolidar una agenda bilateral más profunda, moderna y altamente beneficiosa para ambas partes.

Capítulo V

Las Antillas hispánicas y la República Dominicana

Las Antillas hispánicas, conformadas por Cuba, Puerto Rico y la República Dominicana, representan un subespacio geocultural profundamente entrelazado dentro del Gran Caribe. Más allá de la proximidad territorial, comparten una raíz lingüística común, una herencia colonial ibérica y un legado de luchas por la autodeterminación. Estas afinidades han contribuido a la configuración de una identidad hispano-caribeña diferenciada, capaz de sostener la cooperación regional a pesar de los retos geopolíticos y las asimetrías estructurales.

Este capítulo examina las relaciones bilaterales de la República Dominicana con Cuba y Puerto Rico, destacando los principales vectores de convergencia, los factores que han limitado una mayor integración funcional y las oportunidades estratégicas que se proyectan en áreas como la educación, la cultura, la ciencia, la energía y el turismo.

La noción de “Antillas hispánicas” alude a un espacio insular caracterizado por una homogeneidad lingüística, religiosa y cultural derivada de la colonización española. A pesar de que sus trayectorias políticas han seguido rumbos distintos —Cuba bajo un sistema socialista, Puerto Rico como territorio estadounidense y la República Dominicana como república democrática—, la raíz cultural común ha fomentado canales de diálogo y cooperación en múltiples niveles.

Desde esta perspectiva la República Dominicana actúa como punto de articulación entre sus contrapartes hispanohablantes y el resto del Gran Caribe, proyectando

una diplomacia cultural que combina intereses nacionales con una visión regional.

La relación bilateral entre la República Dominicana y Cuba ha evolucionado entre momentos de acercamiento y distanciamiento modulados por factores ideológicos, coyunturas internacionales y transformaciones internas. Aunque la historia compartida de colonización y lucha independentista establece una base común, el giro político de Cuba tras el triunfo de su revolución en 1959 generó fricciones diplomáticas que perduraron durante buena parte del siglo XX.

Sin embargo, desde los años noventa se observa una apertura pragmática por parte de ambos gobiernos, orientada a maximizar beneficios en sectores clave como la salud pública, la educación técnica, la agroindustria y la cultura. Las universidades dominicanas han suscrito convenios con instituciones cubanas, mientras que la cooperación médica ha facilitado el acceso a formación especializada y tecnologías biotecnológicas.

El embargo económico, comercial y financiero impuesto por Estados Unidos sobre Cuba ha condicionado en parte estas dinámicas, pero la República Dominicana ha sostenido una posición coherente en los foros multilaterales, abogando por su levantamiento en defensa del derecho internacional, la autodeterminación de los pueblos y la soberanía de los Estados.

La relación entre Puerto Rico y la República Dominicana está definida por una densa red de interacciones humanas, económicas y culturales. A pesar de que Puerto Rico carece de soberanía plena, sus nexos con la República Dominicana han adquirido una relevancia singular, alimentados por la diáspora dominicana en la isla —una de las más numerosas y dinámicas del Caribe.

Esta relación binacional se manifiesta en múltiples niveles: comercio, migración, cultura, educación y redes laborales transnacionales. El comercio bilateral ha sido particularmente dinámico en sectores como textiles, agroindustria y manufacturas. Además, la música caribeña —en especial el merengue y la bachata— ha servido como un potente canal de integración cultural y diplomacia popular.

No obstante, la falta de soberanía de Puerto Rico restringe las relaciones oficiales, ya que las competencias sobre comercio exterior, cooperación y migración están determinadas por la política federal estadounidense. Aun así, la sociedad civil, las universidades y las entidades culturales han encontrado formas de sostener una agenda de colaboración transnacional.

Más allá de los vínculos bilaterales, existe un potencial considerable para una cooperación trilateral entre las Antillas hispánicas en sectores estratégicos. La educación superior es un ámbito prioritario, con redes académicas que vinculan universidades de los tres territorios mediante intercambios docentes, proyectos de investigación y formación técnica especializada.

La ciencia, particularmente en las áreas de salud pública, biotecnología y resiliencia climática, se ha beneficiado de experiencias compartidas y del desarrollo de capacidades locales. En este contexto la diplomacia científica emerge como un instrumento eficaz de integración funcional.

La energía representa otro campo clave. Tanto Cuba como la República Dominicana han planteado planes para diversificar su matriz energética mediante fuentes renovables, mientras que Puerto Rico enfrenta desafíos similares, aunque sujetos a las regulaciones federales. La cooperación técnica en energías limpias podría dar lugar a esquemas de asistencia mutua, formación conjunta y transferencia de tecnología.

En materia turística las tres islas presentan ofertas consolidadas y con alto valor cultural e histórico. La amalgama y articulación de productos turísticos multiculturales, rutas temáticas y estrategias de promoción conjunta puede reforzar la competitividad del Caribe hispánico como subregión diferenciada dentro del mercado turístico caribeño, debido a que constituye un espacio con alto potencial de cooperación estratégica.

El fortalecimiento de esta cooperación trilateral no solo favorece la estabilidad regional, sino que también posiciona al Caribe hispánico como un actor con voz propia en los espacios regionales e internacionales. La República Dominicana, por su ubicación geográfica, capacidad diplomática y tejido institucional, está en condiciones de desempeñar un papel catalizador en este proceso de integración.

Capítulo VI

Las relaciones de la República Dominicana con las islas del Caribe Oriental

El Caribe Oriental, integrado por una serie de pequeñas islas-Estado y territorios insulares, constituye una subregión geopolíticamente relevante dentro del Caribe. A pesar de su menor extensión territorial y limitaciones económicas, estas naciones ejercen una influencia estratégica significativa en los espacios de gobernanza regional. Para la República Dominicana el fortalecimiento de los vínculos con los países del Caribe Oriental ha sido prioritario en términos diplomáticos, económicos, culturales y ambientales.

El Caribe Oriental lo dividiremos en los estados soberanos, conformados por:

- Antigua y Barbuda
- San Cristóbal y Nieves
- Dominica
- Santa Lucía
- San Vicente y las Granadinas
- Granada
- Barbados
- Trinidad y Tobago

Y los territorios no independientes, conformados por:

- Anguila (Reino Unido)
- Monserrat (Reino Unido)
- Guadalupe (Francia)
- Martinica (Francia)

La convergencia histórica entre la República Dominicana y estas islas se articula sobre fundamentos compartidos, como la colonización europea, la esclavitud, la resistencia

anticolonial y la consolidación de la identidad afrocaribeña. Esta herencia común se manifiesta en expresiones culturales diversas: desde la música, la danza, el teatro, la literatura, las artes plásticas y la artesanía, hasta las prácticas culinarias y las tradiciones orales.

En el plano cultural la región caribeña puede ser comprendida como un espacio de sincretismo donde confluyen influencias africanas, indígenas y europeas. Los géneros musicales, como el calipso, el reggae y la soca — originarios de las islas anglófonas— encuentran gran recepción en la República Dominicana, al igual que los ritmos dominicanos del merengue y la bachata ganan espacios en las islas vecinas. Estos intercambios contribuyen a consolidar una identidad cultural regional.

La cooperación cultural ha sido fundamental para la consolidación de relaciones bilaterales. Iniciativas que promueven festivales artísticos, residencias de creadores, intercambios cinematográficos y exposiciones conjuntas han creado espacios de diálogo que enriquecen el acervo cultural compartido.

En la esfera económica el comercio entre la República Dominicana y las islas del Caribe Oriental ha sido limitado, debido principalmente a barreras estructurales como los altos costos logísticos, las diferencias en las normativas aduaneras y la escasa diversificación productiva de estas economías, amén de las dificultades que exhibe en muchas ocasiones el transporte marítimo. No obstante, se han identificado flujos comerciales crecientes, especialmente con Barbados, Santa Lucía y San Vicente y las Granadinas, en sectores como la agroindustria, los productos procesados y el turismo.

El turismo ha sido uno de los sectores más dinámicos de cooperación. Tanto la República Dominicana como los Estados del Caribe Oriental comparten una vocación

turística orientada al mercado europeo y norteamericano. La promoción de rutas multidestino, la participación en ferias internacionales conjuntas y el intercambio de buenas prácticas en sostenibilidad turística son ejemplos de una agenda regional estructurada.

En materia agrícola la República Dominicana ha incrementado la exportación de productos frescos y procesados hacia estos mercados insulares, facilitando así la complementariedad productiva y el acceso a alimentos de calidad. A su vez, esto fortalece la seguridad alimentaria regional y estimula el comercio intracaribeño.

Uno de los retos persistentes es la escasa conectividad marítima y aérea, que obstaculiza el incremento de los intercambios económicos. A pesar de ello, los esfuerzos multilaterales en organismos como CARICOM y la AEC han promovido iniciativas para mejorar la infraestructura y los marcos normativos de comercio y transporte.

El cambio climático constituye otro eje central en la agenda compartida. La región es particularmente vulnerable a huracanes, inundaciones, sequías y aumento del nivel del mar. Tanto la República Dominicana como las islas del Caribe Oriental enfrentan desafíos comunes en materia de adaptación climática y disminución del riesgo de desastres. La cooperación técnica en este ámbito ha incluido programas de monitoreo meteorológico, planes de respuesta conjunta ante emergencias y capacitaciones comunitarias para la resiliencia climática.

Asimismo, la República Dominicana ha compartido su experiencia en la implementación de políticas públicas orientadas a la transición energética, con énfasis en la energía solar, eólica y el fortalecimiento de redes inteligentes. Este modelo ha servido de referencia para proyectos similares en Antigua y Barbuda, Dominica y Granada.

En cuanto a la cooperación educativa y científica, se han establecido programas de becas para estudiantes caribeños en universidades dominicanas, al igual que proyectos de investigación conjuntos en áreas prioritarias como biodiversidad, agricultura sostenible, salud pública y tecnologías adaptativas. Estas iniciativas no solo fortalecen la formación de capital humano, sino que también consolidan redes de conocimiento regional.

En suma, las relaciones entre la República Dominicana y los países del Caribe Oriental se fundamentan en un tejido multilateral que abarca la historia común, la cooperación cultural, la integración económica y los desafíos compartidos en materia ambiental. A pesar de las limitaciones estructurales el horizonte bilateral ofrece amplias oportunidades para la profundización de una política exterior caribeña más cohesionada, solidaria y sostenible.

La República Dominicana ha asumido un rol constructivo en el fortalecimiento de los lazos bilaterales y multilaterales, favoreciendo esquemas de concertación orientados al consenso, la solidaridad regional y la integración funcional.

Desde el punto de vista estratégico la República Dominicana concibe su relación con el Caribe Oriental como un componente esencial de su política caribeña integral, orientada a consolidar su liderazgo regional, ampliar su margen de autonomía diplomática y contribuir activamente a la construcción de un Caribe más integrado, resiliente y estable.

En síntesis, las relaciones dominico-orientales pueden definirse como una asociación estratégica en evolución, basada en la cooperación pragmática, la convergencia política y la búsqueda compartida de desarrollo sostenible, enmarcada dentro de una visión geopolítica amplia del Gran Caribe.

Capítulo VII

La República Dominicana y la República de Haití (Caribe francófono)

Historia de vecindad, conflictos y cooperación

Para entender y comprender las relaciones bilaterales entre Haití y la República Dominicana tenemos que remontarnos al año 1492, cuando la isla de La Española fue ocupada por la Corona española y años más tarde una porción del oeste insular la ocuparon los franceses, resultado de la rivalidad intercolonialista europea. En 1697 el Tratado de Ryswick⁹ formalizó la cesión del tercio occidental de la isla a Francia, donde surgió la colonia de Saint-Domingue, futura Haití. La porción oriental se mantuvo bajo dominio español con una economía pastoril y rural, la parte occidental evolucionó hacia un modelo intensivo de plantaciones esclavistas, convirtiéndose en la colonia más rica del Caribe francés.

La independencia de Haití en 1804, como resultado de la primera revolución de esclavos exitosa en la historia moderna, marcó un hito fundamental en el contexto caribeño y global, pero a la vez introdujo una ruptura profunda con el mundo colonial europeo y, en particular, con la vecina parte oriental, que aún permanecía bajo control español.

Tras la efímera independencia del Estado de Haití Español (1821), el líder haitiano Jean-Pierre Boyer ocupó el territorio oriental en 1822, estableciendo una administración unificada en toda la isla. Este periodo, que

⁹ Fue el tratado de Ryswick puso fin a la Guerra de los Nueve Años que enfrentó a Francia contra España, Inglaterra, las Provincias Unidas de los Países Bajos y el Sacro Imperio Romano. Este tratado, firmado en la ciudad de Ryswick en la provincia de Holanda, fue firmado en dos partes. La primera el 20 de septiembre de 1697 entre Francia, España, Inglaterra y las Provincias Unidas de los Países Bajos; y la segunda parte el 30 de octubre de 1697 entre Francia y el Sacro Imperio Romano Germánico.

se extendió por 22 años, fue percibido por muchos sectores criollos como una amenaza a sus valores culturales, religiosos y económicos. La abolición de la esclavitud fue una conquista irreversible, pero la imposición de un sistema centralizado y la carga fiscal impuesta generaron un fuerte resentimiento local.

La proclamación de la independencia dominicana el 27 de febrero de 1844 constituyó no solo un acto de separación política, sino la afirmación de una identidad diferenciada respecto a Haití. A partir de ese momento ambos países iniciaron una historia de vecindad y de inevitables intercambios humanos y comerciales en la franja fronteriza.

En los primeros años de independencia la joven República Dominicana enfrentó múltiples incursiones militares haitianas (1844-1856) cuyo objetivo era reintegrar a su dominio el territorio oriental. Las denominadas guerras dominico-haitianas sirvieron como catalizador del sentimiento nacionalista dominicano, a menudo construido en contraposición a la haitianidad.

A lo largo del siglo XIX y principios del XX se fueron delineando las fronteras mediante negociaciones diplomáticas. El Tratado Fronterizo de 1929, y su protocolo complementario de 1936, establecieron los límites actuales.

Durante la década de 1930 las relaciones entre la República Dominicana y Haití estaban marcadas por tensiones fronterizas, diferencias étnico-culturales y conflictos por el control de tierras. El régimen de Rafael Leónidas Trujillo Molina, quien gobernó la República Dominicana con mano de hierro desde 1930 hasta su asesinato en 1961, promovía una ideología de nacionalismo extremo basada en la hispanidad y la "blanquitud", en contraposición a la negritud asociada a Haití.

La presencia de miles de campesinos haitianos en la franja fronteriza, dedicados a la agricultura y al trabajo temporal en fincas dominicanas, era percibida como una amenaza por las autoridades dominicanas. Trujillo buscaba consolidar el control del Estado sobre la frontera noroeste, particularmente en zonas como Dajabón y Monte Cristi, donde la migración haitiana era común y las delimitaciones territoriales eran borrosas.

Entre el 2 y el 8 de octubre de 1937, por orden directa de Trujillo, tropas del Ejército Nacional, junto con agentes de la Policía y grupos paramilitares, ejecutaron un plan sistemático de exterminio de haitianos en la región fronteriza. A esta operación se la conoce como la Masacre del Perejil, debido a que los soldados dominicanos utilizaban la palabra "perejil" como prueba lingüística: quienes no podían pronunciarla correctamente en español —diciendo algo parecido a "pelegil" por influencia del creole haitiano— eran ejecutados en el acto.

La matanza se realizó con machetes, cuchillos y objetos punzantes para aparentar que se trataba de conflictos rurales entre campesinos, y evitar así el escándalo internacional que una masacre con armas de fuego podría provocar. Las víctimas fueron asesinadas en sus hogares, en campos de cultivo, en los márgenes del río Dajabón (también conocido como río Masacre) y otros puntos fronterizos.

Las estimaciones sobre el número de víctimas varían: algunas fuentes citan alrededor de 12,000 a 15,000 haitianos muertos, mientras que otras reducen esa cifra a 4,000 o 5,000. La cifra exacta sigue siendo objeto de debate, en parte debido a la destrucción de registros y al carácter clandestino del operativo.

La masacre generó una fuerte protesta internacional, particularmente por parte del gobierno haitiano del presidente Sténio Vincent,¹⁰ que denunció los hechos ante la comunidad internacional. Para mitigar la presión Trujillo aceptó, bajo la mediación de Estados Unidos y la Sociedad de Naciones, pagar una indemnización de 750,000 dólares a Haití. Sin embargo, tras las deducciones administrativas solo una fracción llegó a los familiares de las víctimas.

Internamente, la masacre fortaleció la narrativa trujillista de defensa del territorio nacional y del "patriotismo racial", pero dejó una profunda división entre ambos países. A largo plazo este evento cimentó la desconfianza mutua y el estigma hacia los haitianos en la sociedad dominicana.

La "Masacre del Perejil" ha sido analizada como un acto de limpieza étnica o genocidio simbólico, motivado tanto por el racismo estructural como por un interés geopolítico de consolidación territorial. Intelectuales como Edwidge Danticat¹¹ y Michele Wucker¹² han contribuido a la preservación de esta memoria desde la literatura y el ensayo político, respectivamente. En el ámbito académico, historiadores como Richard Lee Turits¹³ han

¹⁰ Sténio Joseph Vincent -nacido en Puerto Príncipe el 22 de febrero de 1874, fallecido el 3 de septiembre de 1959)- fue un abogado y político haitiano, que ejerció como presidente de dicho país entre el 18 de noviembre de 1930 y el 15 de mayo de 1941.

¹¹ Edwidge Danticat. Escritora haitiana nacida en Puerto Príncipe, bajo el régimen dictatorial de Papa Doc Duvalier. Es la primera escritora haitiana que escribe en inglés, vive en Estados Unidos y su obra ha sido traducida a más de diez idiomas.

¹² Michele M. Wucker (nacida en 1969) es una escritora, comentarista y analista política estadounidense especializada en la economía mundial y la anticipación de crisis. Es autora de *El rinoceronte gris: cómo reconocer y actuar sobre los peligros obvios que ignoramos*, *Lockout: Por qué Estados Unidos sigue equivocándose en la inmigración cuando nuestra prosperidad depende de hacerlo bien* y *Por qué los gallos pelean: dominicanos, haitianos y la lucha por La Española*.

¹³ Richard Turits es un historiador del Caribe y de América Latina, particularmente del Caribe hispano y de Haití. Graduado de la Universidad de Brown, recibió una maestría de la Universidad de Yale y un doctorado de la Universidad de Chicago. Su

documentado con profundidad el contexto sociopolítico de la masacre.

En la actualidad, tanto en República Dominicana como en Haití y en la diáspora caribeña, la masacre sigue siendo un tema sensible. Iniciativas de memoria histórica, reparación simbólica y reconciliación binacional han sido promovidas por la sociedad civil, aunque todavía existen tensiones políticas y sociales que dificultan una revisión completa del hecho.

Durante el periodo posterior a la Segunda Guerra Mundial las relaciones bilaterales se caracterizaron por una tensa coexistencia, con acercamientos diplomáticos esporádicos. Ambos países se enfrentaban a problemas internos —dictadura, inestabilidad política y pobreza estructural— que limitaban las posibilidades de una cooperación más efectiva. Sin embargo, se establecieron canales de diálogo mediante comisiones mixtas y acuerdos limitados en áreas como comercio transfronterizo y salud pública.

El fenómeno migratorio adquirió relevancia a partir de la primera ocupación militar estadounidense, especialmente por la contratación de trabajadores haitianos en los ingenios azucareros. Esta inmigración de fuerza laboral, muchas veces no regulada, contribuyó al desarrollo de zonas rurales, pero al mismo tiempo generó fricciones sociales y políticas.

El devastador terremoto del 12 de enero de 2010 en Haití constituyó un punto de inflexión en las relaciones bilaterales, pues la República Dominicana fue el primer país en ofrecer asistencia humanitaria, enviar hospitales móviles y abrir sus instalaciones para atender a miles de heridos. Este gesto solidario fue ampliamente reconocido

a nivel internacional y temporalmente mejoró la percepción mutua entre ambos pueblos.

Sin embargo, el fenómeno migratorio volvió al centro del debate político a raíz de la Sentencia 168-13 del Tribunal Constitucional dominicano, que redefinió los criterios de nacionalidad afectando a miles de personas nacidas en el país, descendientes de inmigrantes haitianos. La decisión generó una crisis diplomática con Haití y cuestionamientos por los organismos internacionales de derechos humanos.

En la actualidad las relaciones entre República Dominicana y Haití se encuentran en un punto de equilibrio precario. Mientras que el intercambio comercial es significativo —en particular en las provincias fronterizas—, persisten retos considerables, como la falta de institucionalidad en Haití, el control de la migración y la gestión de recursos naturales compartidos.

Uno de los puntos más álgidos recientes fue la construcción de un canal en el río Dajabón o Masacre por parte de autoridades haitianas, lo que provocó protestas oficiales dominicanas, cierres fronterizos y tensiones diplomáticas. A pesar de ello, se mantienen canales abiertos de diálogo y se han explorado acuerdos binacionales en salud, medio ambiente, educación y comercio, con el respaldo de actores internacionales como Naciones Unidas, la Unión Europea y la CARICOM.

La relación entre República Dominicana y Haití ha estado condicionada históricamente por factores estructurales como la desigualdad económica, diferencias lingüísticas y culturales y percepciones mutuas ancladas en el pasado. No obstante, ambos países comparten una isla, desafíos ambientales comunes, riesgos sísmicos, flujos migratorios interdependientes y oportunidades de cooperación regional. En este contexto resulta indispensable construir un marco relacional más equilibrado, que combine el

respeto a la soberanía con una diplomacia de vecindad responsable y humanista.

La situación en Haití se ha agravado debido al colapso del orden institucional, de la violencia de bandas armadas, el desplazamiento forzoso de miles de personas y la carencia de servicios públicos esenciales. La ausencia de elecciones democráticas, la fragilidad de las instituciones y la parálisis de los mecanismos de gobernabilidad han contribuido a una crisis sin precedentes. Este escenario genera una presión migratoria constante hacia territorio dominicano, lo que ha intensificado las tensiones en la frontera, reavivado el discurso nacionalista y obligado al Estado dominicano a adoptar medidas de control más estrictas.

En este contexto, el gobierno dominicano ha endurecido su política migratoria incrementando las deportaciones, reforzando la vigilancia fronteriza y acelerando la construcción del muro fronterizo iniciado en el 2021. Estas acciones, aunque justificadas por razones de seguridad y soberanía, han sido objeto de cuestionamiento por parte de organismos internacionales y de actores humanitarios que denuncian violaciones a los derechos de los migrantes haitianos y un clima de creciente hostilidad.

Por otro lado, las relaciones comerciales y de intercambio entre ambas naciones han sufrido retrocesos importantes, en parte debido al cierre temporal de la frontera ordenado por las autoridades dominicanas en 2023, como respuesta a la construcción unilateral de un canal en el río Masacre por parte de actores haitianos. Aunque posteriormente se logró la reapertura parcial del comercio transfronterizo, persisten los desacuerdos sobre el manejo de los recursos hídricos compartidos y la ausencia de mecanismos institucionales de diálogo sostenido.

Pese al ambiente de tensión, sectores de la sociedad civil, organizaciones binacionales y actores multilaterales insisten en la necesidad de fomentar una política de

vecindad constructiva basada en el respeto mutuo, la cooperación técnica y el desarrollo sostenible de la zona fronteriza. En ese sentido se han propuesto iniciativas orientadas a crear corredores humanitarios, fortalecer la cooperación sanitaria y promover proyectos de desarrollo conjunto que beneficien a ambas poblaciones.

En suma, la relación entre la República Dominicana y Haití enfrenta desafíos estructurales agravados por la coyuntura crítica del presente. Superarlos requiere una visión pragmática, una diplomacia firme pero sensible, y el compromiso de la comunidad internacional en el acompañamiento de Haití hacia su reconstrucción institucional. La estabilidad de la isla y la región del Caribe dependerán, en gran medida, de la capacidad de ambos países para transformar la frontera en un espacio de desarrollo compartido.

Concluiríamos que es una relación bilateral compleja y estructural, marcada por interdependencia, asimetrías profundas, cooperación necesaria y desafíos permanentes en migración, seguridad, desarrollo y estabilidad regional.

Indicadores generales

Indicador	República Dominicana	Haití
Superficie (km²)	48,671	27,750
Población estimada (2025)	11.4 millones	11.7 millones
Capital	Santo Domingo	Puerto Príncipe
Idioma oficial	Español	Francés y criollo haitiano
Forma de gobierno	República presidencial democrática	Transición sin gobierno electo
Índice de Desarrollo Humano (IDH)	0.767 (alto)	0.510 (bajo)
Esperanza de vida al nacer (años)	74.5	64.0
Tasa de alfabetización (%)	93%	61%

Economía y comercio

Indicador	República Dominicana	Haití
PIB nominal (2024, en USD)	119 mil millones	12 mil millones
PIB per cápita (2024)	USD 10,500	USD 1,000
Crecimiento económico (2024)	4.6%	-1.3%
Principales exportaciones	Textiles, oro, turismo, cigarros	Textiles, aceites, productos agrícolas
Socio comercial clave	EE. UU., Haití, Unión Europea	EE. UU., República Dominicana
Zona franca	Más de 70 parques industriales	Producción textil limitada

Gobernanza y seguridad

Indicador	República Dominicana	Haití
Nivel de gobernabilidad	Estable, con desafíos institucionales	Estado colapsado, sin elecciones
Presencia de bandas armadas	Baja, focalizada	Alta, controlan gran parte del territorio
Fuerzas Armadas	Ejército, Armada, Fuerza Aérea	Disueltas en 1995, seguridad en manos policial
Policía Nacional	Aproximadamente 38,000 efectivos	Aproximadamente 9,000 efectivos mal equipados
Cooperación internacional	Activa con organismos multilaterales	Dependiente de asistencia humanitaria

Relación bilateral actual

Tema	República Dominicana	Haití
Política migratoria	Restictiva, deportaciones regulares	Emisor de migrantes, sin control fronterizo
Comercio transfronterizo	Regulado, cierre parcial en 2023–2024	Informal, vital para su economía
Proyectos binacionales	Limitados, con apoyo internacional	Participación débil por inestabilidad
Infraestructura fronteriza	Construcción de muro en desarrollo	Poca inversión en puestos de control
Relaciones diplomáticas	Activas pero tensas	Inestabilidad limita continuidad diplomática

Por lo que diríamos que las relaciones entre República Dominicana y Haití se encuentran condicionadas por factores estructurales, políticos y económicos que dificultan una interacción equilibrada y sostenida en el tiempo, con desigualdades estructurales persistentes.

Además, existe una brecha significativa en términos de desarrollo económico, institucional y social que distingue a ambos países. Esta asimetría histórica ha generado desequilibrios notorios en las dinámicas bilaterales, limitando las posibilidades de cooperación efectiva.

Debemos tomar en consideración la creciente descomposición del aparato estatal haitiano, lo cual ha intensificado las preocupaciones dominicanas en materia de seguridad y control migratorio. La frontera se ha transformado en un espacio de alta sensibilidad, donde confluyen flujos migratorios irregulares, comercio informal y actividades ilícitas. Pese a los cierres temporales de la frontera y los conflictos diplomáticos, las poblaciones fronterizas mantienen un intercambio económico constante, principalmente a través del comercio informal. Esta interdependencia, aunque carente de regulación efectiva, constituye un elemento vital para las economías locales.

Organismos multilaterales y actores externos han promovido instancias de diálogo binacional para apaciguar las tensiones. Sin embargo, la falta de interlocutores legítimos en Haití y la inestabilidad política han impedido avances sostenibles en la construcción de acuerdos duraderos.

Mapa colonial (c. 1826–1859)



Demarcación del siglo XX (mapas de 1930–1961)



Capítulo VIII

La República Dominicana y el Caribe francófono

El Caribe francófono, integrado principalmente por Haití, las Antillas francesas (Guadalupe, Martinica, San Bartolomé, San Martín) y la Guayana Francesa, representa un conjunto de territorios con los cuales la República Dominicana mantiene una relación densa, histórica y multidimensional. Este espacio cultural, lingüístico y geopolítico comparte con la República Dominicana una vecindad estratégica que se remonta a la época colonial, aunque marcada por realidades asimétricas, disputas fronterizas, desafíos migratorios y modelos de desarrollo dispares.

Como fue expresado en el capítulo precedente, la relación bilateral con Haití constituye el eje más sensible y complejo de la política exterior dominicana hacia el Caribe francófono. La coexistencia en la isla de La Española ha producido una historia común signada por conflictos armados, disputas territoriales, diferencias lingüísticas, tensiones sociales y una interdependencia económica estructural. A pesar de los desequilibrios en desarrollo institucional y económico, ambas naciones mantienen vínculos imprescindibles en comercio, migración laboral y cooperación humanitaria.

Las relaciones con Guadalupe, Martinica y otras islas francesas del Caribe han sido tradicionalmente cordiales, aunque condicionadas por su estatus de departamentos de ultramar. Estas islas, al formar parte integral de la República Francesa, gozan de un nivel de desarrollo económico e infraestructura notablemente superior al promedio regional, lo que las convierte en actores clave dentro de la cooperación caribeña, especialmente en el marco de la Unión Europea y de organismos como la Asociación de Estados del Caribe.

En el plano económico las Antillas francesas representan mercados importantes para las exportaciones dominicanas, sobre todo de productos agroindustriales como el cacao, el ron, las frutas tropicales y los textiles. Además, el turismo ha sido un sector de convergencia, pues las campañas de promoción conjunta, los intercambios en materia de formación turística y la conectividad aérea entre Santo Domingo y Fort-de-France han fortalecido el posicionamiento del Gran Caribe como un destino regional integrado.

Desde el punto de vista cultural los vínculos entre la República Dominicana y las islas francesas del Caribe han propiciado una fecunda colaboración en áreas como la literatura caribeña, la música popular, las artes plásticas, la artesanía, los festivales de cine y los programas de traducción e intercambio artístico. La participación dominicana en eventos como el *Festival de las Artes del Caribe* (CARIFESTA) o los circuitos francófonos de teatro y danza ha permitido visibilizar la diversidad cultural caribeña y fomentar la diplomacia cultural.

Aunque ubicada en América del Sur, la Guayana Francesa forma parte integral del Caribe francófono y participa activamente en instancias regionales. Su papel en la relación con la República Dominicana ha sido más técnica y estratégica que económica. De manera particular, existen posibilidades de cooperación en áreas como seguridad fronteriza, tecnología espacial, medioambiente y vigilancia marítima.

El Centro Espacial de Kourou,¹⁴ uno de los más importantes del mundo para el lanzamiento de satélites, abre posibilidades futuras de cooperación científica y tecnológica, particularmente en programas de

¹⁴ El centro Espacial de Kourou, también conocido como el Puerto Espacial de Kourou, es un puerto espacial europeo ubicado en la Guyana Francesa. Este centro es el principal puerto de lanzamiento espacial europeo.

observación satelital del cambio climático y desastres naturales. La República Dominicana, como país vulnerable a los huracanes, podría beneficiarse de alianzas académicas y técnicas con este enclave francés para mejorar sus capacidades de respuesta y planificación territorial.

Las relaciones entre la República Dominicana y el Caribe francófono también han evolucionado hacia una cooperación ambiental más robusta. Frente a amenazas comunes como el aumento del nivel del mar, la pérdida de biodiversidad y la contaminación marina, se han promovido programas conjuntos de protección de arrecifes, corredores ecológicos regionales y gestión sostenible del turismo costero. Proyectos impulsados por la Agencia Francesa de Desarrollo (AFD) y la Unión Europea han tenido un impacto positivo en comunidades costeras dominicanas y antillanas.

En el plano educativo se han incrementado los intercambios entre universidades dominicanas y francesas, particularmente en áreas como ciencias ambientales, agroecología, turismo sostenible y enseñanza del idioma francés. La movilidad académica, los convenios de doble titulación y los programas Erasmus+ han ampliado las oportunidades para estudiantes y docentes dominicanos en instituciones del Caribe francófono.

A pesar de los avances, persisten desafíos estructurales. Las diferencias en el nivel de desarrollo limitan, en ocasiones, una integración regional plena. Las tensiones migratorias con Haití, los desacuerdos diplomáticos sobre temas de derechos humanos y las dificultades para armonizar políticas aduaneras obstaculizan una cooperación más profunda.

Sin embargo, el potencial de esta relación sigue siendo significativo. La construcción de una visión compartida del

Caribe, basada en el respeto a la diversidad cultural, la equidad y la solidaridad, podría consolidar a la República Dominicana como un actor puente entre el Caribe hispano, anglófono y francófono. El fortalecimiento de plataformas multilaterales y el impulso a proyectos binacionales de desarrollo sostenible serán claves para avanzar hacia una mayor convergencia regional.

Capítulo IX

México y el Caribe Occidental:

Vínculos históricos, estratégicos y emergentes

México, nación de peso geopolítico en América Latina y con litoral caribeño, mantiene una relación estratégica con los países del Caribe Occidental, una subregión conformada por naciones como Cuba, Haití, Jamaica, Belice, la República Dominicana y los Estados centroamericanos con costa caribeña, incluyendo Honduras, Nicaragua y Guatemala. Esta interacción bilateral y multilateral se ha cimentado sobre la base de vínculos históricos, intereses geopolíticos comunes y una creciente cooperación en áreas clave como seguridad, desarrollo sostenible, comercio y diplomacia cultural.

Desde el siglo XIX México ha mostrado una postura activa de solidaridad con los movimientos independentistas del Caribe, reflejo de su propia experiencia emancipadora. Durante el proceso revolucionario cubano y los años críticos de inestabilidad en Haití y Centroamérica, México optó por una política exterior caracterizada por la no intervención, el respeto a la autodeterminación y el apoyo a los principios de soberanía. Esta tradición diplomática ha sentado las bases para relaciones bilaterales estables, incluso en contextos de inestabilidad regional.

Asimismo, el legado colonial compartido, especialmente con Cuba, República Dominicana y Haití, así como los intercambios comerciales durante los siglos XVIII y XIX, propiciaron un espacio de interacción constante. Las rutas marítimas entre Veracruz, La Habana y Santo Domingo, junto a la migración laboral y el intercambio cultural, han dejado huellas visibles en la gastronomía, la música, la arquitectura y las prácticas religiosas de la región.

La ubicación geográfica de México, que articula América del Norte, Centroamérica y el Caribe, lo posiciona como

un actor bisagra en el sistema regional. Esta condición le permite operar simultáneamente en escenarios multilaterales en el hemisferio. El Caribe Occidental, por su cercanía y vulnerabilidades comunes, es percibido por México como un entorno prioritario en términos de seguridad, migración y comercio.

La creciente presión de fenómenos sociales como el narcotráfico, el crimen transnacional y los flujos migratorios irregulares ha motivado a México a fortalecer sus vínculos con los países del Caribe, particularmente con aquellos del denominado "Triángulo Norte". A través de mecanismos bilaterales y regionales, México ha impulsado el fortalecimiento institucional de sus vecinos caribeños, en un esfuerzo por estabilizar la región y reducir las causas estructurales de la migración forzada.

En las últimas décadas México ha intensificado su presencia en foros regionales promoviendo una agenda integradora basada en el desarrollo sostenible, la respuesta al cambio climático y la cooperación Sur-Sur.

Mediante la Agencia Mexicana de Cooperación Internacional para el Desarrollo (AMEXCID), ha desplegado un enfoque de diplomacia técnica y cultural, con programas de becas, formación profesional y asistencia técnica en áreas prioritarias como salud pública, infraestructura resiliente, educación técnica y gestión del riesgo. Destaca también su cooperación con países del Caribe anglófono y francófono, tradicionalmente distantes de su influencia directa, ampliando así su proyección hacia el conjunto del Gran Caribe.

A pesar de que el volumen comercial entre México y los países del Caribe Occidental es modesto en comparación con el de sus pares norteamericanos y sudamericanos, existen sectores estratégicos en los que se ha identificado un potencial de expansión. Empresas mexicanas han

comenzado a incursionar en sectores como la construcción, el turismo, las telecomunicaciones y la industria farmacéutica, en especial en países como República Dominicana y Cuba.

Los acuerdos para eliminar barreras arancelarias, facilitar inversiones y promover cadenas de valor regionales han sido respaldados por instrumentos como los tratados de libre comercio y memorandos de entendimiento bilateral. A su vez, México ha promovido ferias comerciales, misiones empresariales y espacios de diálogo para fomentar las exportaciones y la inversión directa.

La vulnerabilidad climática del Caribe Occidental, acentuada por la intensidad de huracanes, la elevación del nivel del mar y la erosión costera, ha motivado a México a posicionarse como un interlocutor comprometido con la agenda ambiental de la región. En foros como las Conferencias de las Partes (COP) del Convenio Marco de Naciones Unidas sobre Cambio Climático, ha respaldado las demandas del Caribe por mayor financiamiento climático, transferencia tecnológica y justicia ambiental.

Esta sensibilidad ambiental también se refleja en el apoyo mexicano a la transición energética en el Caribe, mediante proyectos piloto en energías limpias y el intercambio de buenas prácticas en gestión de recursos hídricos y ordenamiento territorial sostenible. El diálogo energético ha adquirido especial relevancia en el contexto postpandemia, como parte de las estrategias de recuperación verde regional.

El ámbito educativo y cultural constituye un pilar sustantivo de la relación entre México y el Caribe Occidental. A través de sus universidades públicas, centros de investigación y redes culturales, ha ofrecido oportunidades de formación superior a jóvenes caribeños, fomentando una comunidad académica compartida que

contribuye a la integración del conocimiento y la ciencia regional.

En el plano cultural, festivales, exposiciones, giras artísticas y programas de intercambio han servido para estrechar vínculos entre las naciones. El uso del español como lengua compartida con países como Cuba y República Dominicana, y como lengua de aproximación diplomática con el Caribe anglófono y francófono, permite a México proyectar una identidad regional plural y abierta.

México desempeña un rol cada vez más relevante en el Caribe Occidental, como parte de su estrategia de proyección regional y cooperación Sur-Sur. La convergencia entre factores históricos, geográficos y políticos ha favorecido una relación cada vez más estructurada con los Estados del Caribe. A futuro, el fortalecimiento de esta relación dependerá de la capacidad de México para articular sus intereses nacionales con una agenda regional orientada a la resiliencia, la sostenibilidad y la equidad.

Capítulo X

La República Dominicana y el Caribe anglófono

Las relaciones entre la República Dominicana y el Caribe anglófono han experimentado un notable proceso de consolidación durante las últimas décadas. Esta subregión, integrada por Jamaica, Trinidad y Tobago, Barbados, Bahamas, Santa Lucía, y San Vicente y las Granadinas, entre otros, constituye un espacio estratégico para la política exterior dominicana, debido a su proximidad geográfica, su inserción regional y su capacidad de articulación colectiva en foros multilaterales.

A pesar de las diferencias históricas, lingüísticas y jurídico-institucionales derivadas de trayectorias coloniales distintas —la hispánica en el caso dominicano y la británica en la mayoría de los Estados del Caribe anglófono—, se han forjado vínculos crecientes en los ámbitos económico-comercial, turístico, cultural, educativo y de cooperación técnica, evidenciando un proceso de integración caribeña más amplio y multidimensional.

En el plano comercial la República Dominicana ha ido posicionando su oferta exportable en el mercado del Caribe anglófono, especialmente con productos agrícolas, textiles, materiales de construcción y farmacéuticos. Trinidad y Tobago, gracias a su desarrollo energético y capacidad industrial, ha sido uno de los principales socios comerciales, especialmente en la importación de derivados del petróleo y gas natural. Por su parte, Jamaica, Barbados y Santa Lucía han recibido crecientes volúmenes de productos alimenticios dominicanos, como azúcar, cacao, banano y café.

Sin embargo, la relación enfrenta retos estructurales, como los altos costos logísticos, las barreras no

arancelarias y la limitada conectividad marítima y aérea. A través de instrumentos como el Acuerdo de Libre Comercio de 1998 entre la República Dominicana y CARICOM (aunque aún en proceso de implementación plena), se busca fomentar una integración económica más profunda, estimulando el comercio intracaribeño y la inversión regional.

El turismo constituye uno de los pilares de convergencia entre la República Dominicana y sus vecinos anglófonos. Destinos como Montego Bay, Nassau, Bridgetown y Punta Cana compiten en el mismo mercado global, principalmente el norteamericano y europeo. No obstante, existe una voluntad creciente de desarrollar estrategias de promoción turística conjunta, como parte de una visión regional del Caribe como destino único, con énfasis en el multidesino, el ecoturismo y el turismo cultural.

Además, se han puesto en práctica mecanismos de colaboración en materia de formación hotelera, estándares de calidad, seguridad turística y resiliencia frente a desastres naturales, con apoyo de la Organización de Turismo del Caribe (CTO, por sus siglas en inglés) y la Asociación de Estados del Caribe (AEC).

El Caribe anglófono y la República Dominicana comparten una herencia cultural diversa, resultado del mestizaje africano, europeo e indígena. La música (reggae, calipso, soca, merengue, bachata), la literatura y las expresiones orales son vehículos esenciales para el entendimiento y la cooperación. Festivales binacionales, ferias del libro, intercambios de artistas y coproducciones cinematográficas han servido para fortalecer la diplomacia cultural, promoviendo la noción de una "caribeñidad" plural e inclusiva.

En este sentido, universidades, academias de arte y centros culturales han jugado un rol importante en la construcción de puentes culturales, facilitando programas

de intercambio, traducción de obras literarias y estudios comparativos sobre la historia y las diásporas africanas en el Caribe.

La cooperación académica entre la República Dominicana y el Caribe anglófono se ha materializado a través de acuerdos entre instituciones de educación superior, becas recíprocas, programas de movilidad estudiantil y proyectos de investigación conjunta. Instituciones educativas como la Universidad Autónoma de Santo Domingo (UASD) y la Pontificia Universidad Católica Madre y Maestra (PUCMM) han suscrito convenios con la Universidad de las Indias Occidentales (UWI, por sus siglas en inglés) en áreas de biología marina, cambio climático, desarrollo sostenible y salud pública.

El desarrollo de una red académica caribeña, con apoyo de organismos como la OECS y la AEC, contribuye a generar sinergias entre científicos, investigadores y expertos de la región, fortaleciendo las capacidades institucionales para enfrentar desafíos comunes.

El crimen organizado, el narcotráfico, el tráfico de armas y la trata de personas son amenazas que afectan transversalmente al Caribe. La República Dominicana ha cooperado con países del Caribe anglófono en operativos conjuntos, intercambio de inteligencia y fortalecimiento de capacidades institucionales en materia policial y aduanera. Estas acciones se han canalizado a través del CARICOM IMPACS, la Conferencia de jefes de Gobierno del Caribe, y acuerdos bilaterales de seguridad.

Asimismo, la diplomacia dominicana ha buscado una mayor inserción en espacios clave como CARICOM y la CELAC, con el propósito de influir en temas regionales prioritarios: migración, desarrollo sostenible, seguridad alimentaria y financiamiento climático.

El Caribe en su totalidad es una de las regiones más vulnerables al cambio climático. Huracanes, inundaciones, aumento del nivel del mar, erosión costera y pérdida de biodiversidad representan amenazas existenciales para las economías insulares. Frente a esta realidad la República Dominicana ha intensificado su colaboración con los países del Caribe anglófono en iniciativas regionales de resiliencia climática, gestión de riesgos, energías renovables y conservación marina.

La participación conjunta en la Alianza de Pequeños Estados Insulares (AOSIS, por sus siglas en ingles) y en la COP ha permitido alzar una voz unificada frente a la comunidad internacional, exigiendo justicia climática y acceso a financiamiento para la adaptación y mitigación ambiental.

Capítulo XI

La República Dominicana y el Caribe neerlandés

El Caribe neerlandés, conformado por Aruba, Curazao, Bonaire, Saba, San Eustaquio y San Martín (parte neerlandesa), constituye un espacio singular en la cartografía política del Gran Caribe. A pesar de ser territorios autónomos dentro del Reino de los Países Bajos, sus vínculos con los países hispanoparlantes del Caribe, y en particular con la República Dominicana, han experimentado un proceso de fortalecimiento sostenido en las últimas décadas, fundamentado en intercambios económicos, culturales, educativos y en iniciativas conjuntas en materia de desarrollo sostenible y cooperación regional.

Desde una perspectiva comercial las islas de Aruba y Curazao han adquirido notable importancia estratégica como centros logísticos y financieros, facilitando el tránsito de bienes dominicanos hacia mercados regionales. El comercio bilateral se ha centrado en alimentos procesados, textiles, medicamentos, bebidas y materiales de construcción. Estos intercambios se han favorecido por la proximidad geográfica y por una infraestructura portuaria eficiente y de marcos regulatorios que incentivan la circulación de mercancías.

En el ámbito energético, la diversificación de la matriz de generación eléctrica ha estimulado la cooperación bilateral. Aruba ha mostrado interés en integrar fuentes renovables, estableciendo vínculos con la República Dominicana en proyectos de energía solar y eólica. Esta colaboración se alinea con las prioridades de ambas partes en torno al desarrollo sostenible y a la mitigación del cambio climático.

El turismo constituye otro eje relevante de interacción. Aruba y Curazao, con economías altamente dependientes del turismo, han promovido junto a la República Dominicana paquetes con carácter multidestino orientados a captar un mercado turístico más diversificado. Estas estrategias han sido acompañadas por iniciativas de conectividad aérea y marítima, así como por esfuerzos conjuntos para mejorar la infraestructura y la promoción regional.

En el plano cultural, a pesar de las diferencias idiomáticas y coloniales, existe un sustrato común de herencia afrocaribeña manifestado en expresiones musicales, culinarias y artísticas. Los intercambios culturales, incentivados a través de festivales, residencias artísticas y programas bilaterales, han contribuido a consolidar un diálogo intercultural que trasciende barreras lingüísticas.

A nivel educativo, diversas universidades dominicanas han firmado convenios de cooperación con instituciones neerlandesas del Caribe. Los temas abordados en estos intercambios incluyen la historia regional, la sostenibilidad ambiental, los estudios afrodescendientes y la gestión costera. El fomento de programas de movilidad académica y de aprendizaje de idiomas —tanto del español como del neerlandés y papiamentu— ha sido clave para fortalecer esta relación.

No obstante, el marco político de las islas neerlandesas, como entidades no soberanas, introduce particularidades diplomáticas. En ocasiones, su condición dentro del Reino de los Países Bajos limita la autonomía en política exterior, lo que ha generado fricciones sobre la representación en foros internacionales y la firma de acuerdos bilaterales. A pesar de ello, espacios multilaterales como la AEC han permitido la inclusión de las islas en iniciativas regionales, promoviendo el diálogo con la República Dominicana en temas como el cambio

climático, la seguridad marítima y la gestión del riesgo de desastres.

En materia ambiental, ambos actores comparten retos similares, como la pérdida de biodiversidad, la erosión costera y los efectos del aumento del nivel del mar. Las islas del Caribe Neerlandés y la República Dominicana han implementado proyectos conjuntos para la conservación de arrecifes coralinos, la protección de áreas marinas protegidas y la sensibilización sobre la sostenibilidad. Estas iniciativas se han beneficiado de fondos europeos y de la cooperación triangular con organizaciones regionales y multilaterales.

En suma, la relación entre la República Dominicana y el Caribe Neerlandés es una manifestación de las nuevas dinámicas de integración en el Gran Caribe. A pesar de las diferencias institucionales y lingüísticas, la complementariedad económica, los desafíos compartidos y la vocación regionalista de ambas partes han permitido construir una agenda bilateral pragmática y orientada a resultados, con potencial de expansión hacia áreas emergentes como la innovación tecnológica, la seguridad climática y la cooperación digital.

Capítulo XII

La República Dominicana y el Caribe neogranadino

El Caribe neogranadino alude a la franja del Caribe continental que, durante la época colonial, perteneció al Virreinato del Nuevo Reino de Granada, una antigua jurisdicción del imperio español que incluía territorios actuales de Colombia, Panamá y otras regiones andinas. Aunque esta estructura política desapareció con las independencias del siglo XIX, su influencia histórica, cultural y geográfica sigue siendo palpable, particularmente en la región caribeña de Colombia.

Ciudades portuarias como Cartagena de Indias, Barranquilla y Santa Marta, así como los archipiélagos de San Andrés, Providencia y Santa Catalina, fueron durante siglos centros neurálgicos del comercio, la movilidad poblacional y la resistencia social. Estos territorios desempeñaron un papel fundamental como puertas de entrada al continente sudamericano y como plataformas de interacción entre Europa, África y América.

Desde una perspectiva geopolítica y cultural el Caribe neogranadino constituye una realidad híbrida donde confluyen expresiones africanas, indígenas y europeas. Esta riqueza cultural, profundamente enraizada en las dinámicas coloniales y poscoloniales, le otorga una identidad dentro del Gran Caribe. Para países como Colombia, este espacio representa una vía de conexión natural con el resto de la región caribeña, incluida las Antillas.

Las relaciones comerciales entre la República Dominicana y los países del Caribe neogranadino, particularmente Colombia y Venezuela, han evolucionado con marcadas fluctuaciones. Colombia ha sido un socio relevante para la República Dominicana, destacándose las exportaciones

dominicanas de productos agrícolas, textiles y artículos manufacturados, mientras que las importaciones desde Colombia incluyen café, flores, medicamentos y productos petroquímicos.

En el caso de Venezuela el vínculo comercial ha sido en los últimos años más volátil. Esto encuentra su origen en la prolongada complejidad de su situación política y económica. No obstante, continúa siendo un proveedor de recursos estratégicos, como el petróleo y el gas, lo que ha motivado a la República Dominicana a mantener mecanismos de diálogo y exploración de acuerdos energéticos.

Es notorio el creciente flujo de turistas que se observa en la actualidad entre Colombia y la República Dominicana. Se trata de un turismo de dos vías. La cooperación en materia de seguridad ha sido también un componente prioritario en las relaciones bilaterales con Colombia, dada la experiencia de este país en la lucha contra el narcotráfico y el crimen organizado. La República Dominicana ha establecido canales de coordinación en inteligencia, operaciones conjuntas y fortalecimiento de capacidades en seguridad pública, en especial en zonas vulnerables al tráfico marítimo y aéreo.

Mediante foros multilaterales como el Consejo de Seguridad y Defensa del Caribe, ambos países han abordado amenazas transnacionales comunes, entre ellas el tráfico de drogas, la trata de personas y el lavado de activos. Con Venezuela la cooperación ha sido limitada en este campo, aunque persisten espacios de diálogo técnico sobre migración y seguridad regional.

En el plano diplomático las relaciones con Colombia han sido históricamente estables, destacándose por su enfoque multilateral y su respaldo a iniciativas de integración como la AEC y la CELAC. Se han fortalecido

también las agendas conjuntas en materia ambiental, cooperación judicial y asistencia técnica.

Por otro lado, la relación diplomática con Venezuela ha sido más ambigua, marcada por la necesidad de balancear la no intervención con la defensa de la democracia y los derechos humanos. La República Dominicana ha participado en procesos de mediación auspiciados por la OEA y el Grupo de Lima.

El tema energético ha ocupado un lugar central en la agenda bilateral. La República Dominicana ha explorado oportunidades de cooperación con Colombia en energías renovables, como la solar y la eólica, así como en proyectos de eficiencia energética y transición verde. También ha mostrado interés en el aprovechamiento del carbón y el petróleo colombiano como parte de su estrategia de diversificación energética.

Con Venezuela el enfoque ha estado centrado en la estabilidad del suministro de petróleo, en particular mediante iniciativas como Petrocaribe. Aunque la situación política de Venezuela ha limitado la ejecución de estos acuerdos, la República Dominicana sigue observando a Caracas como un actor energético potencial de largo plazo.

La migración ha adquirido una dimensión relevante en las relaciones con el Caribe neogranadino, especialmente por el éxodo venezolano hacia la República Dominicana en la última década, un fenómeno que ha requerido respuestas institucionales en áreas como la documentación, la integración laboral y el acceso a servicios básicos, así como medidas humanitarias.

En menor medida, también se registra la presencia de migrantes colombianos en territorio dominicano, muchos participan en sectores de servicios, del comercio y de la

educación. A nivel regional la República Dominicana ha abogado por un enfoque solidario y de corresponsabilidad en la gestión migratoria.

El intercambio educativo y cultural representa uno de los vectores más ricos de las relaciones bilaterales. Numerosos estudiantes dominicanos han cursado estudios en instituciones colombianas, especialmente en universidades de Bogotá, Medellín y Barranquilla. Se han promovido acuerdos de intercambio académico, programas de becas y proyectos de investigación conjunta.

Desde el punto de vista cultural se han desarrollado iniciativas binacionales de difusión artística, festivales, conciertos y exposiciones. Las influencias recíprocas son evidentes en la música, el cine y la literatura. Mientras que el vallenato y la cumbia colombiana resuenan en la cultura dominicana, el merengue y la bachata dominicanos han sido bien acogidos en el Caribe colombiano.

A pesar de los avances, las relaciones con el Caribe neogranadino no están exentas de desafíos. Los problemas institucionales que se observan en Venezuela desde el punto de vista de algunos países, la volatilidad de los precios internacionales de energía y las tensiones geopolíticas en América Latina han generado incertidumbre. Sin embargo, estos retos a la vez ofrecen la oportunidad de repensar una cooperación más resiliente, basada en intereses compartidos, marcos institucionales flexibles y una mayor integración regional.

Fortalecer los vínculos con Colombia y buscar canales de diálogo sostenido con Venezuela son dos caminos clave para consolidar la posición de la República Dominicana como un actor dinámico y propositivo en el Gran Caribe.

Capítulo XIII

La República Dominicana y el Caribe insular

El Caribe insular, conformado por una constelación de Estados y territorios insulares como Cuba, Puerto Rico, Jamaica, Haití, Trinidad y Tobago, Barbados, y las Antillas Menores, constituye un componente fundamental del espacio geopolítico caribeño. En este contexto, la República Dominicana se encuentra en una posición estratégica no solo por su ubicación en el corazón del archipiélago, sino también por su creciente protagonismo en las dinámicas regionales de cooperación, comercio, seguridad y cultura.

Las relaciones económicas entre la República Dominicana y los países insulares del Caribe se han caracterizado por una progresiva diversificación. Aunque históricamente las exportaciones dominicanas se dirigieron hacia mercados extrarregionales, dígame los de Estados Unidos y Europa, en las últimas décadas se ha fortalecido el comercio. Productos como el cacao, el banano, el ron, textiles y medicamentos forman parte de la oferta exportable hacia Puerto Rico, Aruba, Curazao y las Antillas Menores.

Puerto Rico, por su cercanía geográfica y afinidades culturales, ha sido uno de los socios comerciales más consistentes. Las exportaciones dominicanas hacia la isla incluyen productos manufacturados y bienes de consumo, mientras que Puerto Rico ha sido fuente de insumos médicos, productos tecnológicos y maquinaria. Esta relación se ve fortalecida por la presencia de una diáspora dominicana activa que ha contribuido a dinamizar las relaciones económicas y culturales entre ambos territorios.

La cooperación con Cuba ha tenido un enfoque integral, abarcando sectores como la salud, la educación, el deporte y la agricultura. El intercambio de profesionales médicos, la formación técnica y las visitas de alto nivel han consolidado una relación que trasciende lo económico y se inscribe

dentro de una diplomacia de pueblos. Esta cooperación se ha traducido también en acuerdos en biotecnología, investigaciones médicas y asistencia en gestión de riesgos y desastres.

Por otro lado, las relaciones con los Estados del Caribe Oriental, agrupados en la OECS, han sido impulsadas principalmente desde el terreno turístico y comercial. Aunque el intercambio comercial es limitado debido a las pequeñas escalas de estas economías, existe un gran potencial para la expansión del turismo multidestino y del comercio de servicios, especialmente a través del fortalecimiento de la conectividad aérea y marítima regional.

En materia de seguridad la República Dominicana ha asumido un rol activo a lo interno del Caribe insular, reconociendo la amenaza común que representan el narcotráfico, la trata de personas, el contrabando y los flujos migratorios irregulares. A través de su participación en foros de la Comunidad del Caribe (CARICOM), la Asociación de Estados del Caribe (AEC) y del Sistema de Seguridad Regional (RSS, por sus siglas en inglés), el país ha impulsado una agenda de cooperación en vigilancia marítima, control fronterizo y ciberseguridad.

Especial atención merece la cooperación en gestión de desastres. En efecto, en esta vertiente la República Dominicana ha contribuido con asistencia técnica y humanitaria ante huracanes y terremotos que han afectado a Haití, Dominica y San Vicente. Este enfoque solidario fortalece la imagen del país como un actor comprometido con la resiliencia regional.

Las afinidades culturales entre la República Dominicana y el Caribe insular han sido una fuente invaluable de integración. La música caribeña —reggae, soca, calipso, bachata y merengue— retumba libremente por las islas, estableciendo un lenguaje común que trasciende las diferencias idiomáticas. Los festivales regionales y las plataformas de intercambio artístico, como el Festival de Teatro del Caribe y

la Bienal Caribeña de Arte, han servido como vehículos de integración cultural.

En el ámbito educativo se han consolidado vínculos entre universidades dominicanas y centros académicos del Caribe insular en temas de historia del Caribe, literatura afrodescendiente, economía azul y desarrollo sostenible. Cuba y Puerto Rico se han destacado como destinos clave para la formación de profesionales dominicanos, mientras que el país ha recibido estudiantes caribeños en las universidades UASD, INTEC y PUCMM.

A pesar de los avances, persisten retos que condicionan el fortalecimiento de estas relaciones. Las diferencias en cuanto a estatus político —particularmente en el caso de Puerto Rico, territorio no incorporado de los Estados Unidos—, las restricciones comerciales impuestas por países no caribeños (como el embargo estadounidense a Cuba) y las limitaciones presupuestarias de los Estados insulares, afectan la capacidad de interacción regional plena.

No obstante, la República Dominicana continúa ampliando su presencia regional mediante una diplomacia proactiva. Su rol como sede de importantes reuniones de la AEC y su liderazgo en temas como la transición energética, la seguridad alimentaria y el desarrollo sostenible la posicionan como un puente natural entre el Caribe insular y el continente latinoamericano.

El Caribe insular representa para la República Dominicana no solo un vecindario geográfico, sino un espacio de convergencia cultural, económica y política. La evolución de las relaciones bilaterales y multilaterales con estas islas demuestra un interés compartido en construir una región más integrada, resiliente y colaborativa. Frente a desafíos globales como el cambio climático, la inseguridad alimentaria y la reconfiguración del orden internacional, el fortalecimiento de los lazos con el Caribe insular será clave para consolidar la presencia regional de la República Dominicana en el siglo XXI.

Capítulo XIV

La República Dominicana y la Comunidad del Caribe (CARICOM)

Este capítulo examina el desarrollo de las relaciones entre la República Dominicana y CARICOM desde una perspectiva histórica, comercial, política y social, analizando los logros alcanzados, los desafíos estructurales persistentes y las perspectivas de integración a futuro.

La CARICOM constituye uno de los principales organismos de integración regional del hemisferio occidental. Fundada en 1973 mediante el Tratado de Chaguaramas, en Trinidad y Tobago, esta organización agrupa a 15 Estados miembros y a cinco en la condición de asociados. Tiene como misión fundamental la promoción de la integración económica, la cooperación política y el desarrollo sostenible de sus integrantes. Aunque la República Dominicana no es miembro pleno de la CARICOM, su participación como miembro asociado desde 1999 permite sostener una interacción estratégica con la región anglófona del Caribe, reforzando su rol geopolítico dentro del Gran Caribe.

Las relaciones formales entre la República Dominicana y CARICOM se remontan a finales del siglo XX, cuando el país caribeño comenzó a participar en iniciativas regionales vinculadas al comercio y la diplomacia multilateral. La adhesión como miembro asociado en 1999 representó un hito relevante, que inició una etapa de cooperación institucionalizada. Desde entonces la República Dominicana ha sido invitada a foros políticos clave, como la Cumbre de jefes de Estado y de Gobierno de CARICOM, donde ha intervenido como observador activo.

Este acercamiento responde a intereses comunes en materia de desarrollo y seguridad, y a una visión geoestratégica compartida respecto a la necesidad de

fortalecer los mecanismos regionales ante los desafíos globales. La diplomacia dominicana ha promovido activamente la construcción de una identidad caribeña más inclusiva, superando las divisiones lingüísticas y culturales que históricamente han separado a los Estados hispanoparlantes del Caribe anglófono y francófono.

Uno de los pilares más sólidos de la relación entre la República Dominicana y CARICOM ha sido el comercio. El país dominicano, al poseer una de las economías más dinámicas del Caribe, ha podido impulsar vínculos comerciales crecientes con los Estados miembros de CARICOM. Las exportaciones dominicanas incluyen productos agrícolas, bienes manufacturados, textiles y maquinarias; mientras que, a su vez, importa productos energéticos, químicos, alimentos y maquinaria desde Trinidad y Tobago, Barbados y Jamaica.

En este contexto, el Acuerdo de Libre Comercio del CARIFORUM (Foro Caribeño de Estados ACP), en el cual la República Dominicana participa, ha servido como plataforma para el establecimiento de un entorno más favorable al comercio intrarregional. Este acuerdo ha contribuido a la reducción de aranceles, la armonización de normas técnicas y el fortalecimiento de la cooperación aduanera entre los países firmantes.

Asimismo, la República Dominicana promueve la creación de zonas francas y corredores logísticos para facilitar la conectividad regional. Iniciativas orientadas al fortalecimiento del transporte marítimo y aéreo, la modernización de puertos y la creación de rutas comerciales preferenciales, han sido fundamentales para potenciar los vínculos económicos con CARICOM.

La seguridad constituye otro de los ejes fundamentales de la colaboración entre la República Dominicana y CARICOM. Ante las amenazas del narcotráfico, el tráfico de armas, la migración irregular y la trata de personas, la

coordinación regional ha adquirido una importancia creciente. La Iniciativa de Seguridad del Caribe (CBSI, por sus siglas en inglés), respaldada por socios internacionales, ha contado con la participación de la República Dominicana en acciones conjuntas de combate al crimen transnacional.

Además, la colaboración en materia de seguridad marítima ha permitido el intercambio de inteligencia y la realización de ejercicios militares regionales. Estas acciones han contribuido a mejorar la capacidad de respuesta de los Estados caribeños frente a situaciones de emergencia, reforzando los mecanismos de cooperación transfronteriza.

Las relaciones con CARICOM también han facilitado la puesta en práctica de programas conjuntos en áreas sociales prioritarias de salud pública, educación, reducción de la pobreza y desarrollo comunitario. En el ámbito sanitario la República Dominicana colabora en la prevención y el tratamiento de enfermedades transmisibles y ha apoyado campañas de vacunación y programas regionales de salud reproductiva.

La educación ha sido otro eje clave de la cooperación. El intercambio académico entre universidades, la participación en redes de investigación y el establecimiento de becas regionales han contribuido al fortalecimiento del capital humano caribeño. Además, el país ha apoyado la creación de programas de formación técnica y profesional en sectores estratégicos, como el turismo, la energía y la tecnología.

Frente a la creciente vulnerabilidad del Caribe ante los efectos del cambio climático la República Dominicana ha promovido una agenda ambiental común dentro del marco de CARICOM. Las tormentas tropicales, el aumento del nivel del mar y la degradación de los recursos naturales son desafíos que requieren una respuesta

colectiva. En ese sentido el país ha impulsado proyectos de cooperación en energías renovables, reforestación, gestión de desastres y adaptación climática.

El compromiso dominicano con la sostenibilidad ha sido respaldado mediante alianzas con la Caribbean Community Climate Change Centre (CCCCC),¹⁵ así como con agencias de cooperación internacional. Estas acciones han reforzado la imagen del país como un actor comprometido con la resiliencia ambiental del Caribe.

Pese a los avances significativos, la relación entre la República Dominicana y la CARICOM enfrenta diversos desafíos. La condición de miembro asociado limita la capacidad del país para influir plenamente en las decisiones del bloque, lo que ha generado debates sobre la conveniencia de solicitar la membresía plena.

Asimismo, persisten barreras no arancelarias y obstáculos logísticos que afectan el comercio intracaribeño. La fragmentación del espacio marítimo, los costos elevados de transporte y la disparidad normativa entre países son elementos que dificultan una mayor integración económica. En este sentido, se requieren esfuerzos conjuntos para mejorar la conectividad física y digital, armonizar regulaciones y facilitar el tránsito de bienes y servicios.

Por otro lado, el contexto internacional presenta nuevas oportunidades para fortalecer los lazos entre la República Dominicana y la CARICOM. La redefinición de las cadenas de valor, la transición hacia una economía verde y la cooperación digital ofrecen campos fértiles para la articulación de proyectos conjuntos en beneficio de toda la región.

¹⁵ El Centro del Cambio Climático de la Comunidad del Caribe (CCCCC) coordina la respuesta de la región del Caribe al cambio climático, trabajando en soluciones y proyectos efectivos para combatir sus impactos ambientales y el calentamiento global.

La relación entre la República Dominicana y la CARICOM ha evolucionado de manera significativa en las últimas décadas, consolidándose en el ámbito regional como un pilar esencial de la política exterior dominicana en el ámbito regional.

Aunque los desafíos persisten, las oportunidades de cooperación superan los obstáculos. La República Dominicana, como economía emergente y potencia intermedia del Gran Caribe, tiene la capacidad y la responsabilidad de continuar liderando iniciativas que fortalezcan la cohesión regional. La consolidación de su vínculo con la CARICOM, ya sea como miembro asociado o eventualmente como miembro pleno, será un paso estratégico para alcanzar ese objetivo compartido

Capítulo XV

La República Dominicana y la Alianza del Caribe

La República Dominicana ha consolidado su presencia en la Alianza del Caribe como una plataforma estratégica para la articulación de intereses comunes en una región diversa y fragmentada. Desde su ingreso como miembro pleno de la Asociación de Estados del Caribe (AEC) —hoy conocida también como Alianza del Caribe— en 1994, el país ha participado de manera activa en los principales órganos deliberativos y técnicos de la organización, contribuyendo a su fortalecimiento institucional y a la formulación de una agenda regional centrada en la cooperación funcional.

La Alianza del Caribe se concibió como una respuesta a la necesidad de establecer un marco de diálogo y acción conjunta en una región caracterizada por su pluralidad lingüística, política y cultural. En este contexto la participación dominicana ha sido esencial para vincular los intereses del Caribe insular con los de América Central y los Estados caribeños del subcontinente latinoamericano. La ubicación geográfica de la República Dominicana, en el corazón del Caribe, le permite fungir como un puente natural entre bloques subregionales diversos.

La diplomacia dominicana ha promovido una participación constructiva en la AEC, destacándose por su liderazgo en temas clave como la conectividad regional, el comercio, la integración turística, la seguridad ambiental y la reducción del riesgo de desastres naturales. Estos ejes han sido integrados en la política exterior dominicana como parte de una estrategia para diversificar los espacios de acción regional más allá de los marcos tradicionales como el Sistema de la Integración Centroamericana (SICA) o la CARICOM.

Uno de los principales ámbitos de cooperación en el seno de la Alianza del Caribe ha sido la promoción del comercio intrarregional y la mejora del transporte interinsular. La

República Dominicana ha desempeñado un papel destacado en la promoción de iniciativas para mejorar la conectividad marítima y aérea, considerando que el aislamiento físico de muchas islas caribeñas constituye un obstáculo estructural para el desarrollo económico regional. Propuestas dominicanas han incluido la creación de rutas marítimas cortas, *hubs* logísticos y la modernización de puertos regionales, en estrecha colaboración con la CEPAL y el BID.

En el ámbito del turismo la República Dominicana ha impulsado una visión de integración turística sustentada en la promoción conjunta del Caribe como destino multidestino. Esta iniciativa busca articular rutas culturales, ecológicas y patrimoniales entre los países miembros, permitiendo así una distribución más equitativa de los beneficios del turismo y reduciendo las vulnerabilidades asociadas al modelo tradicional basado en el turismo masivo de sol y playa.

La defensa del medio ambiente marino y costero ha sido uno de los campos donde la República Dominicana ha demostrado mayor compromiso en la AEC. El impulso a la Agenda Azul Caribeña ha convertido al país en un actor relevante en los foros regionales que promueven la economía oceánica sostenible, la conservación de los arrecifes de coral, la pesca responsable y la mitigación del cambio climático. Como Estado archipelágico y vulnerable al ascenso del nivel del mar la República Dominicana ha abogado por la consolidación de políticas coordinadas para proteger los ecosistemas marinos del Caribe.

En este contexto, se han desarrollado alianzas estratégicas con México, Colombia y Trinidad y Tobago, también con agencias del sistema de Naciones Unidas y organizaciones no gubernamentales regionales. Este activismo medioambiental ha contribuido a posicionar a la República Dominicana como referente de liderazgo verde en el Caribe.

Más allá de la dimensión técnica, la participación dominicana en la Alianza del Caribe fomenta un acercamiento humano y cultural entre los pueblos caribeños. La diversidad lingüística (español, francés, inglés y neerlandés) y la herencia colonial múltiple constituyen desafíos para la construcción de una identidad caribeña común. En este sentido la República Dominicana promueve la diplomacia cultural como instrumento para fortalecer los lazos de solidaridad, identidad regional y entendimiento mutuo.

A través del Ministerio de Relaciones Exteriores y de su Viceministerio para Asuntos de Política Exterior Multilateral el país ha impulsado programas de intercambio académico, festivales culturales, encuentros juveniles y redes de artistas, contribuyendo así a la construcción de una ciudadanía caribeña más cohesionada.

No obstante, la cooperación en el seno de la Alianza del Caribe enfrenta limitaciones significativas, pues la escasez de financiamiento y las asimetrías entre Estados miembros dificultan la puesta en práctica efectiva de proyectos. Frente a estos desafíos la República Dominicana aboga por una mayor articulación con organismos financieros internacionales, la simplificación de los mecanismos institucionales y la priorización de proyectos de impacto inmediato.

El futuro de la Alianza del Caribe dependerá en buena medida del compromiso político de sus miembros y de su capacidad para adaptarse a los desafíos del siglo XXI, como la digitalización, la seguridad energética y la transición ecológica. En este panorama la República Dominicana está llamada a desempeñar un rol catalizador, de puente geográfico, económico y cultural dentro del Gran Caribe.

Capítulo XVI

La República Dominicana y el Sistema de Integración Centroamericano (SICA)

La incorporación de la República Dominicana al SICA representa una transformación significativa de su política exterior en la región. A pesar de su ubicación geográfica en el Caribe insular, el país ha estrechado lazos estratégicos con los Estados del istmo centroamericano, consolidándose como un actor regional activo y comprometido con los principios de integración económica, de cooperación en seguridad, desarrollo humano y gobernanza ambiental.

El SICA fue fundado mediante el Protocolo de Tegucigalpa, firmado el 13 de diciembre de 1991, como una evolución del proceso integracionista iniciado por la ODECA (Organización de Estados Centroamericanos)¹⁶ en 1951. Su misión fundamental es constituir una región de paz, libertad, democracia y desarrollo sostenible.

La República Dominicana comenzó su vinculación con dicho proceso regional como Estado Observador Regional en 1993, se convirtió en Miembro Asociado en el 2003 y fue admitida como Estado Miembro Pleno en la XL Cumbre de Estado y de Gobierno del SICA, celebrada el 4 de julio del 2013 en Ciudad de Panamá (SICA, 2013). Este proceso culminó con la firma del Instrumento de Adhesión de la República Dominicana al SICA, que estableció el compromiso del país con los principios fundamentales del sistema, incluyendo la institucionalidad democrática, el desarrollo humano y la cooperación regional en áreas clave.

¹⁶ La Organización de Estados Centroamericanos (ODECA) fue un organismo creado el 14 de octubre de 1951 por Costa Rica, El Salvador, Guatemala, Honduras y Nicaragua para promover la cooperación de gobiernos y llegar a tratados económicos.

Uno de los pilares de la participación dominicana en el SICA ha sido el fortalecimiento de la integración económica regional. En este contexto el Tratado de Libre Comercio entre Centroamérica y la República Dominicana (DR-CACM, por sus siglas en inglés), firmado en 1998 y en vigor desde el 2001, ha sido una herramienta esencial para fomentar el intercambio de bienes, servicios e inversiones. Este acuerdo, además de complementar al DR-CAFTA, ha contribuido a la reducción de barreras arancelarias, a la diversificación del comercio y a la integración de cadenas regionales de valor.

Las exportaciones dominicanas hacia Centroamérica incluyen productos farmacéuticos, materiales de construcción, plásticos y alimentos procesados, mientras que las importaciones son manufacturas livianas, maquinaria y productos agrícolas. A pesar del dinamismo comercial persisten desafíos relacionados con los costos logísticos, con la conectividad marítima y con la armonización de regulaciones técnicas y sanitarias.

La seguridad regional constituye otro eje estratégico de colaboración. La República Dominicana ha sido un actor activo en la Conferencia de Seguridad de Centroamérica (CSC) y en la firma de tratados regionales para enfrentar el crimen organizado, el narcotráfico, la trata de personas y el tráfico ilícito de armas. El país, por su posición geográfica y su papel como puente entre el Caribe y el continente, desempeña un rol esencial en los mecanismos de patrullaje marítimo conjunto, el intercambio de inteligencia y el fortalecimiento de capacidades policiales y judiciales.

La participación dominicana en el Consejo de Ministros de Ambiente y Desarrollo del SICA ha reforzado su papel en la agenda climática regional. La República Dominicana ha promovido el uso de energías renovables, la resiliencia costera y la adaptación frente al cambio climático. A través del Centro de Coordinación para la Prevención de

los Desastres Naturales en América Central (CEPREDENAC),¹⁷ se han establecido protocolos conjuntos de respuesta ante huracanes, terremotos e inundaciones, reforzando la cooperación técnica y la solidaridad entre los Estados miembros.

Durante la Presidencia Pro Tempore del SICA ejercida por la República Dominicana en el 2018, el país impulsó una agenda orientada al desarrollo social, la educación digital, la interoperabilidad aduanera y la conectividad logística. Asimismo, promovió una visión renovada de la cooperación Sur-Sur, articulando programas de intercambio técnico con Centroamérica en áreas como salud, educación, innovación agrícola y turismo sostenible.

Esta proyección permitió posicionar a la República Dominicana como un facilitador del diálogo regional, promoviendo iniciativas inclusivas y fortaleciendo su imagen como un socio confiable para la gobernanza multinivel en el Gran Caribe.

A pesar de estos avances la integración en su proceso ascendente enfrenta retos estructurales. Entre ellos se incluyen las asimetrías económicas entre los Estados miembros, la falta de articulación efectiva entre los organismos del SICA y la necesidad de modernizar el marco jurídico regional. Además, el limitado conocimiento ciudadano sobre la utilidad del SICA obstaculiza el respaldo político y social a los esfuerzos de integración.

¹⁷ Es el Encargado de promover y coordinar la cooperación internacional, el intercambio de información, experiencias y brindar asesoría técnica y científica en materia de prevención, mitigación, atención y respuesta de desastres. CEPREDENAC- es un organismo regional de carácter intergubernamental, perteneciente al Sistema de la Integración Centroamericana -

En el futuro la República Dominicana deberá profundizar su participación institucional, fortalecer su presencia en los órganos especializados del sistema y promover una visión estratégica que articule la integración centroamericana con los intereses del Caribe insular.

La República Dominicana ha logrado consolidarse como un socio comprometido del SICA, superando su condición insular para convertirse en un agente activo de la gobernanza regional. Su participación no solo fortalece los lazos centroamericanos, sino que también proyecta una agenda de cooperación y desarrollo integral en el Gran Caribe. La convergencia de intereses en seguridad, comercio, ambiente y desarrollo humano refuerza la idea de que la integración es una herramienta estratégica para enfrentar los desafíos compartidos del siglo XXI.

Capítulo XVII

La República Dominicana y la Organización de Estados del Caribe Oriental (OECS)

La relación entre la República Dominicana y la Organización de Estados del Caribe Oriental (OECS, por sus siglas en inglés) constituye un vínculo estratégico en el proceso de consolidación de la identidad y de ampliación de los esfuerzos dominicanos por fortalecer su proyección regional en el Gran Caribe. Aunque no es miembro pleno del organismo, la República Dominicana ha desarrollado vínculos crecientes con los países que lo integran, tanto en el plano bilateral como multilateral, a través de mecanismos de diálogo, cooperación técnica y comercio.

La OECS fue establecida en 1981 mediante el Tratado de Basseterre, con el objetivo de promover la cooperación política, económica y social entre pequeñas naciones insulares del Caribe oriental. Actualmente está conformada por Antigua y Barbuda, Dominica, Granada, San Cristóbal y Nieves, Santa Lucía, San Vicente y las Granadinas, Montserrat (territorio británico), y asociados como Anguila, Islas Vírgenes Británicas y Martinica (colectividad francesa). A pesar de su reducido tamaño geográfico y demográfico este bloque ha logrado avances notables en materia de integración subregional, libre circulación de personas, políticas educativas comunes y la armonización de regulaciones financieras.

La República Dominicana ha reconocido el valor estratégico de fortalecer lazos con este conjunto de países no solo por motivos comerciales, sino también por razones geopolíticas y culturales. La cercanía geográfica, el interés mutuo en la sostenibilidad del turismo, la gestión de riesgos climáticos y el acceso a mercados intracaribeños son factores que explican el acercamiento.

La política exterior dominicana ha identificado a la OECD como una plataforma clave para expandir su influencia diplomática en el Caribe anglófono y para afianzar una proyección regional más inclusiva.

En años recientes se han registrado avances significativos en la formalización del diálogo entre la República Dominicana y la OECD. Delegaciones oficiales dominicanas han participado como observadores en reuniones ministeriales de la organización, especialmente en temas vinculados al desarrollo sostenible, la educación y la seguridad alimentaria. Asimismo, desde el Ministerio de Relaciones Exteriores (MIREX) se han promovido iniciativas para el intercambio de buenas prácticas en gobernanza local, resiliencia climática y diplomacia cultural.

Uno de los puntos de convergencia más relevantes es la cooperación en turismo regional. Varios países de la OECD comparten con la República Dominicana un modelo económico basado en el turismo internacional, por lo que existen intereses comunes en la promoción de rutas turísticas intracaribeñas, la capacitación de recursos humanos y la creación de mecanismos conjuntos para enfrentar crisis del sector, como las provocadas por la pandemia de la SARS-COVID-19 o los fenómenos meteorológicos extremos.

En el ámbito educativo, instituciones de educación superior dominicanas han comenzado a explorar acuerdos de colaboración con universidades y centros académicos del Caribe Oriental, particularmente en áreas de salud pública, energías renovables y derecho internacional. Esta cooperación interuniversitaria, todavía incipiente, representa una vía prometedora para fortalecer la integración desde la sociedad civil.

El comercio entre la República Dominicana y los Estados miembros de la OECD ha mostrado un potencial

creciente, aunque todavía limitado por restricciones logísticas, barreras arancelarias y asimetrías productivas. Las exportaciones dominicanas a estos países se concentran en productos alimenticios, materiales de construcción, plásticos y productos farmacéuticos. A su vez, existe interés por parte de la OECO en importar bienes manufacturados dominicanos de mayor valor agregado y establecer cadenas logísticas más eficientes.

Uno de los principales retos para profundizar esta relación económica es la conectividad marítima y aérea, que sigue siendo fragmentaria. Por ello, se han planteado propuestas para crear corredores de transporte regionales que integren puertos de la República Dominicana con islas del Caribe Oriental, con el respaldo de organismos internacionales de financiamiento. Esto permitiría no solo dinamizar el comercio, sino también facilitar el turismo intrarregional y la movilidad académica.

Desde una perspectiva geopolítica la relación con la OECO permite a la República Dominicana consolidar una diplomacia más incluyente, que reconozca la diversidad del Caribe insular y promueva el respeto a los principios de solidaridad, equidad y desarrollo común. La cooperación con estos pequeños Estados insulares también fortalece la posición dominicana en foros multilaterales donde se abordan temas como la vulnerabilidad climática, el acceso a financiamiento concesional y la representación de los pequeños Estados insulares en desarrollo (SIDS, por sus siglas en inglés).

Asimismo, el acercamiento a la OECO se alinea con la estrategia dominicana de convertirse en un *hub* logístico, comercial y diplomático del Gran Caribe, integrando distintos subsistemas regionales en los que el país ejerce un papel de articulador y mediador. Esta estrategia puede permitir a Santo Domingo aumentar su peso relativo en la arquitectura regional y promover una visión del Caribe más cohesionada y efectiva.

Capítulo XVIII

La República Dominicana y la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC)

La Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC) es un organismo multilateral constituido en el 2010 con el propósito de fortalecer la unidad política, económica y social de 33 países de América Latina y el Caribe (sin incluir a Estados Unidos de América y al Canadá). Surgida como sucesora del Grupo de Río y el mecanismo CALC (Latin American and Caribbean Summit on Integration and Development), la CELAC trata de mantener una voz propia en la arena internacional, libre de influencias externas.

Desde su fundación, la República Dominicana ha sido miembro pleno de la CELAC, participando en cumbres y foros multilaterales. De manera específica, el país fue sede de la V Cumbre de Punta Cana (enero de 2017), cuando se definió el plan de acción contra el hambre y la inseguridad alimentaria. Más recientemente, en mayo del 2025, asumió la copresidencia del Mecanismo de Cooperación CELAC-UE sobre drogas, reafirmando su liderazgo en la coordinación birregional.

La República Dominicana ha promovido políticas destinadas a la reducción de la pobreza, la creación de empleo e inclusión social. Ha impulsado proyectos de cooperación Sur-Sur en áreas como agricultura sostenible, salud pública y educación.

A través de CELAC la República Dominicana ha colaborado en mecanismos regionales de combate al narcotráfico, delincuencia organizada e intercambio de inteligencia.

El país ha participado en iniciativas para la mitigación y adaptación al cambio climático, así como en planes de seguridad alimentaria coordinados con la FAO y la CEPAL.

La República Dominicana ha proyectado una diplomacia de “puente” entre América Latina, el Caribe y la Unión Europea. En julio del 2023 el presidente dominicano, Luis Abinader, participó en la VI Cumbre CELAC-UE en Bruselas, enfatizando la agenda de pobreza, la reestructuración de deuda y la defensa del multilateralismo.

Logros y liderazgo

En Punta Cana (enero del 2017) la República Dominicana impulsó el Plan CELAC de Seguridad Alimentaria 2025, resaltando la cooperación técnica con FAO y ALADI.

En el 2016, a través de la misión permanente ante Naciones Unidas y CELAC, propuso una "visión integral del desarrollo" que enfatiza la cooperación financiera para países de renta media.

Su rol activo en el mecanismo CELAC-UE contra las drogas en el 2025 subraya sus esfuerzos en seguridad y diplomacia birregional.

Desafíos y tensiones

Existen desafíos debido a la diversidad de niveles de desarrollo y modelos políticos entre sus miembros, realidad que dificulta la adopción de políticas homogéneas, pues esa heterogeneidad de CELAC puede ralentizar decisiones integrales. Esta situación limita la capacidad operativa del bloque, contrastando con estructuras más sólidas, como las de la Unión Europea.

La CELAC cuenta con un potencial significativo para promover una integración regional auténtica y enfrentar los siguientes retos comunes:

- *Fortalecimiento institucional*: avanzar hacia mecanismos permanentes que permitan la ejecución efectiva de programas comunes.
- *Agenda multilateral*: dinamizar estrategias comunes sobre cambio climático, finanzas globales, reforma de carácter multilateral y seguridad.
- *Diplomacia inclusiva*: posicionar a República Dominicana como puente entre el Caribe, América Latina y Europa, facilitando una cooperación concreta en temas de desarrollo, justicia social y gobernanza.

La República Dominicana ha asumido un rol proactivo dentro de CELAC, contribuyendo en áreas fundamentales como la seguridad, el desarrollo sostenible, la lucha contra el cambio climático, la alimentación y la diplomacia internacional. Su liderazgo reciente, especialmente en mecanismos CELAC-UE y como sede de cumbres clave, consolida su perfil como actor regional relevante.

Frente a los desafíos institucionales de CELAC el país tiene la oportunidad de promover una agenda regional sólida, basada en la cooperación efectiva, la integración política y el desarrollo inclusivo para América Latina y el Caribe.

Capítulo XIX

La República Dominicana y la Alianza del Pacífico

La proyección estratégica de la República Dominicana hacia la Alianza del Pacífico responde a una visión diplomática moderna que busca diversificar sus alianzas internacionales, fortalecer sus vínculos con América Latina y ampliar sus horizontes comerciales más allá del Caribe y el Atlántico. Aunque el país no es miembro pleno de este bloque regional, su participación como Estado observador desde el 2013 ha sido una muestra clara de su interés por vincularse con esta plataforma de integración económica que agrupa a Chile, Colombia, México y Perú.

La Alianza del Pacífico, establecida oficialmente en el 2012, se ha consolidado como uno de los mecanismos de integración más dinámicos de América Latina. A diferencia de otros esquemas tradicionales este bloque se basa en principios de libre comercio, movilidad de personas, cooperación regulatoria y apertura hacia el Asia-Pacífico. Estos objetivos coinciden con los intereses dominicanos en cuanto a inserción en cadenas globales de valor, captación de inversión extranjera directa y expansión de mercados para sus exportaciones.

Desde su adhesión como observador la República Dominicana ha participado en varias cumbres, reuniones técnicas y foros paralelos de la Alianza, particularmente en áreas como innovación, pymes, educación y cooperación académica. Esto ha permitido al país explorar nuevas alianzas, compartir experiencias regulatorias y posicionarse ante los países miembros como un socio con potencial estratégico en el Caribe insular.

Uno de los mayores atractivos que ofrece la Alianza del Pacífico para la República Dominicana es su acceso a un

mercado combinado de más de 230 millones de personas y un PIB agregado cercano al 40 % de América Latina. La apertura comercial entre los países miembros, así como la eliminación gradual de barreras arancelarias, representa una oportunidad para la diversificación de los destinos de exportación dominicanos, tradicionalmente concentrados en Estados Unidos, Haití y la Unión Europea.

Sectores clave como el agroindustrial, el farmacéutico, el textil y el de dispositivos médicos podrían beneficiarse de una mayor vinculación con los mercados del Pacífico. Además, la experiencia acumulada por los países miembros en tratados multilaterales y plataformas de integración con Asia podría servir como modelo para una futura estrategia dominicana hacia esa región.

El enfoque dominicano hacia la Alianza del Pacífico se ha desarrollado a través de una diplomacia económica activa, en la que las misiones diplomáticas han buscado establecer nexos más sólidos con los países miembros, promover la marca país y atraer inversión. En varias ocasiones, la República Dominicana ha manifestado su intención de avanzar hacia una membresía más estrecha, incluso como Estado Asociado, lo cual implicaría negociar acuerdos comerciales bilaterales con cada miembro.

Este proceso, sin embargo, enfrenta desafíos técnicos y estratégicos. La República Dominicana ya forma parte del Acuerdo de Asociación Económica (EPA) con la Unión Europea y del DR-CAFTA con Estados Unidos y Centroamérica, por lo que cualquier acercamiento formal a la Alianza del Pacífico requeriría una evaluación cuidadosa de compatibilidades normativas, reglas de origen y acceso preferencial a mercados.

El vínculo con la Alianza del Pacífico también responde a una lógica de proyección regional más amplia. En un contexto de fragmentación institucional en América Latina este bloque ha sido percibido como un modelo funcional

de integración flexible y pragmática. La República Dominicana, al posicionarse como un puente de conexión entre el Caribe, Centroamérica y Sudamérica, puede desempeñar un rol articulador entre subregiones tradicionalmente desconectadas.

Asimismo, el país ha participado en iniciativas de cooperación académica, cultural y digital impulsadas por esta Alianza, especialmente en el marco del Consejo Empresarial y los programas de movilidad estudiantil, lo cual ha reforzado la dimensión social y humana de este relacionamiento.

A pesar del interés creciente, la relación de la República Dominicana con la Alianza del Pacífico aún se encuentra en una fase preliminar. La ausencia de tratados bilaterales de libre comercio con todos sus miembros y el hecho de que no comparte frontera física ni costas sobre el Pacífico son factores que limitan una incorporación plena a corto plazo. No obstante, la evolución de la Alianza hacia un esquema más amplio y su eventual convergencia con otros bloques, como el MERCOSUR, podría abrir nuevas oportunidades, lo que conduciría a una participación más activa del país caribeño.

En fin, profundizar los lazos con la Alianza del Pacífico contribuiría a que la República Dominicana, desde una perspectiva estratégica, diversifique sus alianzas, acceda a nuevas tecnologías, impulse la competitividad y se proyecte como un puente geoeconómico entre América Latina, el Caribe y Asia.

Capítulo XX

La República Dominicana y la Organización de Estados Americanos (OEA)

La OEA es la principal entidad multilateral del hemisferio occidental, integrada por 35 Estados independientes de las Américas. Su propósito fundamental es fortalecer la paz, la democracia, los derechos humanos y el desarrollo sostenible en la región. Fundada en 1948 mediante la Carta de la OEA, la organización se ha constituido como un foro permanente de diplomacia regional y cooperación multilateral.

La República Dominicana es miembro fundador de la OEA y desde su adhesión ha tenido una participación en sus principales mecanismos de la organización, tales como la Asamblea General, el Consejo Permanente y la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH). El país ha contribuido al fortalecimiento del sistema interamericano mediante su apoyo a iniciativas dirigidas a consolidar la institucionalidad democrática, la promoción de los derechos humanos y la cooperación para el desarrollo.

Uno de los ámbitos más relevantes de la participación dominicana ha sido el respaldo a los procesos de observación electoral. La OEA, mediante sus misiones de observación, ha desempeñado un papel clave en la transparencia electoral en la región. La República Dominicana ha recibido varias de estas misiones y también ha participado como observadora en elecciones de otros Estados miembros, contribuyendo a la credibilidad del sistema electoral interamericano.

Asimismo, la República Dominicana ha tenido un rol significativo en la promoción de los derechos humanos, alineándose con los principios consagrados en la Convención Americana sobre Derechos Humanos. El país ha ratificado varios tratados interamericanos y ha cooperado activamente con la CIDH en la presentación de informes periódicos, la asistencia técnica y la implementación de recomendaciones.

En materia de resolución de conflictos y mediación diplomática la República Dominicana ha participado en iniciativas destinadas a reducir tensiones regionales. Un ejemplo significativo fue su involucramiento en la situación haitiana, tanto en el marco bilateral como a través de los canales multilaterales de la OEA. La diplomacia dominicana ha abogado por soluciones pacíficas mediante el diálogo y la cooperación regional.

En relación con el desarrollo, la República Dominicana colabora con la OEA en programas dirigidos a fortalecer las capacidades técnicas nacionales en educación, salud, ciberseguridad, gobernanza electrónica y empoderamiento de la mujer. La Secretaría General de la OEA ha puesto en vigor diversos proyectos en el país a través del Fondo de Cooperación para el Desarrollo.

No obstante, persisten desafíos relacionados con la eficacia institucional de la OEA. En ocasiones la organización ha sido criticada por su limitada capacidad para responder a crisis políticas graves, como en el caso de Nicaragua o Venezuela. La República Dominicana ha instado a modernizar los mecanismos de acción colectiva de la OEA y a reforzar el principio de no intervención, respetando al mismo tiempo los valores democráticos fundamentales.

Uno de los compromisos más fuertes de la República Dominicana en la OEA ha sido la promoción y defensa de la democracia. El país ha apoyado mecanismos como la Carta Democrática Interamericana (OEA, 2001), que establece protocolos para la prevención y resolución de crisis políticas. La República Dominicana ha participado en misiones de observación electoral en diversos países, reforzando así la legitimidad de procesos democráticos en la región.

Para la República Dominicana el futuro implica potenciar su rol como actor diplomático que fomente la integración

hemisférica, mediando entre los intereses del Caribe, Centroamérica y América del Sur. El país puede aprovechar su posición estratégica para promover agendas que integren seguridad, desarrollo económico y protección ambiental en un marco de cooperación multilateral reforzada.

Además, el país ha asumido roles de mediación en situaciones de conflicto político, favoreciendo el diálogo como herramienta para la resolución pacífica de controversias. Su intervención en el proceso de estabilidad política en Haití, en coordinación con la OEA y otras organizaciones internacionales, es un ejemplo claro de su compromiso con la paz regional.

En conclusión, la relación de la República Dominicana con la OEA ha sido una pieza clave en su política exterior, orientada a consolidar su protagonismo en los asuntos regionales. La participación del país en los diferentes ámbitos de acción de la OEA refleja su compromiso con una América más integrada, pacífica y respetuosa de los derechos humanos.

Capítulo XXI

La República Dominicana y el Mercado Común del Sur (MERCOSUR)

El Mercado Común del Sur (MERCOSUR) se constituye como uno de los principales bloques de integración económica en América Latina. Fue creado en 1991 con el propósito fundamental de fomentar un mercado común que facilite la libre circulación de bienes, servicios, capitales y personas entre sus Estados participantes. Los miembros plenos del MERCOSUR son Brasil, Argentina, Paraguay y Uruguay, aunque su influencia se ha extendido a través de diversos acuerdos comerciales y políticos con países fuera de su membresía formal.

Aunque la República Dominicana no es un miembro pleno del MERCOSUR, el país ha desarrollado una relación estratégica con el bloque mediante acuerdos comerciales y participación en foros políticos. Esta vinculación refleja el interés de la nación caribeña por diversificar sus mercados de exportación y fortalecer su presencia en la región latinoamericana.

El MERCOSUR se caracteriza por la eliminación progresiva de barreras arancelarias y la armonización de políticas sectoriales, especialmente en áreas como agricultura, industria, energía y finanzas (MERCOSUR, 2023). En este contexto la República Dominicana ha encontrado oportunidades para acceder preferencialmente a mercados importantes, sobre todo en productos agroindustriales como el azúcar, el café y el tabaco, y en sectores emergentes como las tecnologías para energías renovables y el turismo.

Uno de los vínculos más relevantes entre la República Dominicana y el MERCOSUR es la relación con Brasil, la mayor economía de América Latina, que se ha consolidado como un socio clave en términos comerciales y de inversión. A través de la cooperación con Brasil y otros miembros del MERCOSUR la República Dominicana ha logrado establecer canales de diálogo que favorecen la promoción de inversiones y la expansión de sus exportaciones.

Además del intercambio comercial, la República Dominicana ha participado en espacios diplomáticos del MERCOSUR asistiendo a cumbres y reuniones multilaterales donde se discuten temas cruciales para la región, tales como la seguridad, la gobernanza democrática y la cooperación política. Esta participación, en línea con sus objetivos de política exterior, ha permitido al país promover iniciativas orientadas a la estabilidad y la integración política regional.

Ahora bien, existen desafíos importantes en esta relación, ya que la diferencia en los niveles de desarrollo económico entre la República Dominicana y algunos países del MERCOSUR genera una competencia desigual en sectores como la industria y la agricultura, dificultando una integración más profunda. Además, la falta de membresía plena limita el acceso dominicano a beneficios integrales, como la libre circulación de personas y la armonización normativa dentro del bloque.

A pesar de estas limitaciones las perspectivas para ampliar y profundizar la cooperación entre la República Dominicana y el MERCOSUR son alentadoras. La diversificación comercial, el impulso a proyectos conjuntos en energía renovable, la innovación tecnológica y el comercio electrónico son áreas con alto potencial de crecimiento. De igual manera, la participación en iniciativas regionales sobre seguridad alimentaria y cambio climático puede fortalecer la colaboración política y técnica.

En conclusión, la relación entre la República Dominicana y el MERCOSUR, aunque no esté basada en la membresía plena, representa un componente esencial en la estrategia de integración regional del país. Esta vinculación ha facilitado la diversificación de mercados e incrementado las oportunidades de inversión y la consolidación de canales de cooperación política. El desarrollo futuro de esta relación dependerá de la capacidad dominicana para capitalizar las ventajas comerciales y diplomáticas que ofrece el bloque, contribuyendo así a un posicionamiento más sólido dentro de la dinámica regional latinoamericana.

Capítulo XXII

La República Dominicana y la Alianza de Pequeños Estados Insulares (AOSIS)

La Alianza de Pequeños Estados Insulares (AOSIS, por sus siglas en inglés) es una coalición internacional conformada principalmente por países insulares de pequeña escala. Por su naturaleza, enfrentan desafíos comunes, tales como la vulnerabilidad al cambio climático, la gestión de desastres naturales y la búsqueda de un desarrollo sostenible. Fundada en 1990, esta organización busca unificar las voces de estos Estados para promover políticas internacionales que mitiguen los efectos adversos del cambio climático y fortalezcan sus capacidades de adaptación.

Aunque la República Dominicana no es, en sentido estricto, un pequeño Estado insular, su condición geográfica y la exposición a fenómenos climáticos extremos la han llevado a alinearse con los intereses y objetivos de la AOSIS. El país participa activamente en foros internacionales, como la Convención Marco de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático (CMNUCC), apoyando las posiciones y propuestas promovidas por esta alianza.

La cooperación entre la República Dominicana y la AOSIS se centra en diversas áreas estratégicas, tales como la participación en negociaciones climáticas internacionales, el fortalecimiento de la gestión del riesgo de desastres y la implementación de proyectos de adaptación y mitigación del cambio climático. Este vínculo ha facilitado el acceso a financiamiento climático y recursos técnicos, indispensables para la ejecución de iniciativas nacionales orientadas a la resiliencia ambiental y social.

Entre las acciones destacadas se encuentran la rehabilitación manglares y arrecifes coralinos, que actúan como barreras naturales frente a tormentas y fenómenos meteorológicos extremos. De igual modo, se han

desarrollado programas de educación ambiental y sensibilización para fortalecer la capacidad de las comunidades vulnerables frente a los riesgos asociados al cambio climático.

A nivel financiero la relación con la AOSIS ha permitido a la República Dominicana participar en plataformas multilaterales para acceder a financiamiento internacional, proveniente del Fondo Verde para el Clima y del Fondo de Adaptación, que son fundamentales para sostener proyectos de energías renovables, eficiencia energética y conservación de la biodiversidad.

No obstante, existen desafíos significativos en esta cooperación, en particular por las diferencias entre los miembros de la AOSIS. La República Dominicana posee una economía y un territorio que difieren considerablemente de los pequeños estados insulares, lo cual puede complicar la alineación de prioridades y la asignación equitativa de recursos. Asimismo, la competencia por financiamiento climático a nivel internacional es intensa, lo que requiere una articulación estratégica continua para asegurar los intereses nacionales.

El futuro de la relación entre la República Dominicana y la AOSIS es prometedor, especialmente ante la creciente amenaza que representa el cambio climático para la región del Caribe. La cooperación regional y la búsqueda conjunta de soluciones sostenibles serán fundamentales para enfrentar los retos compartidos, particularmente en materia de gestión de desastres, adaptación climática y desarrollo sostenible.

En este sentido la República Dominicana tiene la oportunidad de consolidar su liderazgo en la región, promoviendo iniciativas innovadoras en energías renovables y fortaleciendo la resiliencia de sus comunidades. La alianza con la AOSIS refuerza su

compromiso con la sostenibilidad ambiental y la cooperación multilateral en beneficio del Caribe y más allá.

En conclusión, aunque la República Dominicana no es un miembro pleno de la AOSIS, ha sabido posicionarse como un aliado estratégico en la lucha contra el cambio climático y en la promoción de la resiliencia frente a los desastres naturales. Su participación en esta alianza contribuye significativamente a fortalecer la cooperación regional y a defender los intereses de los pequeños estados insulares en los escenarios internacionales.

Capítulo XXIII

La República Dominicana y la Organización de las Naciones Unidas (ONU)

La Organización de las Naciones Unidas (ONU) es el principal organismo internacional dedicado a la promoción de la paz, la seguridad y la cooperación global. Fundado en 1945, este organismo multilateral reúne a casi todos los países del mundo, proporcionando un espacio para la diplomacia, la resolución pacífica de conflictos y la colaboración en temas de interés común. La República Dominicana es miembro fundador de la ONU y participa en numerosas iniciativas multilaterales en distintas áreas.

La creación de la ONU, al finalizar la Segunda Guerra Mundial, respondió a la necesidad de evitar nuevas guerras a esa escala, fomentando la cooperación internacional para afrontar problemas globales. Sus objetivos principales incluyen el mantenimiento de la paz y la seguridad internacional, la promoción y protección de los derechos humanos, el impulso del desarrollo económico y social, así como la coordinación de políticas en temas como el cambio climático y el desarme.

En la estructura de la ONU se destacan, entre otros organismos de su sistema, la Asamblea General, el Consejo de Seguridad y la Corte Internacional de Justicia, que supervisan y coordinan las actividades del organismo.

Desde su adhesión, la República Dominicana ha participado activamente en los esfuerzos de la ONU relacionados con la paz y la seguridad, el desarrollo sostenible y los derechos humanos. En el ámbito de la paz el país ha contribuido con personal civil en misiones de mantenimiento de la paz, desempeñando roles en misiones humanitarias y de observación en zonas de conflicto. Asimismo, el país ha sido un firme defensor de los Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS), promoviendo la adopción de políticas nacionales alineadas con estos objetivos para mejorar la calidad de vida de su población.

En materia de derechos humanos la República Dominicana ha reforzado su compromiso mediante la participación en la Comisión de Derechos Humanos de la ONU y la colaboración con el Alto Comisionado para los Derechos Humanos. Ha impulsado resoluciones internacionales y políticas internas orientadas a proteger los derechos civiles y políticos, así como a promover la educación en derechos humanos.

En el Consejo de Seguridad la República Dominicana ha apoyado iniciativas centradas en el desarme nuclear, la prevención de conflictos y la protección de civiles en situaciones de guerra, reafirmando su compromiso con la paz y la estabilidad internacional.

No obstante, el país enfrenta desafíos en su relación con la ONU, particularmente en lo relacionado con la gestión de la crisis migratoria en el Caribe, donde un flujo significativo de migrantes haitianos genera discusiones sobre derechos humanos y políticas migratorias. Además, persisten desigualdades económicas y sociales que requieren mayor cooperación internacional para su mitigación.

De cara al futuro la República Dominicana puede fortalecer su participación en la ONU, especialmente en ámbitos como el cambio climático, la cooperación económica y el desarrollo social. La continuidad en su contribución a las misiones de paz y a la mediación de conflictos permitirá al país aprovechar su posición geoestratégica para fomentar la estabilidad regional en América Latina y el Caribe.

En conclusión, la República Dominicana ha demostrado su entero compromiso con los principios y objetivos de la ONU desde su fundación. El papel activo que juega el país caribeño en la diplomacia multilateral contribuye a la promoción de la paz, los derechos humanos y el desarrollo sostenible en la región y el mundo.

Capítulo XXIV

La posición de la República Dominicana ante el Gran Caribe

La República Dominicana ocupa un lugar estratégico dentro del Gran Caribe, que combina aspectos geográficos, culturales y geopolíticos, posicionándola como un actor clave en la dinámica regional. En las últimas décadas, su proyección ha experimentado un cambio significativo, pasando de una participación marginal a un rol más activo y articulador dentro del entramado caribeño. Este avance responde tanto a factores estructurales —como su ubicación geográfica privilegiada y el crecimiento económico sostenido— como a decisiones políticas encaminadas a fortalecer su liderazgo y promover una integración regional más efectiva.

Desde la perspectiva geográfica, la República Dominicana posee una ventaja indiscutible en el Caribe insular. La proximidad con naciones como Haití, Cuba, Puerto Rico y Jamaica, junto con conexiones marítimas hacia Centroamérica y el norte de Sudamérica, le confiere la capacidad de fungir como plataforma logística y puente interregional. Esta condición ha sido progresivamente valorada y utilizada por las autoridades dominicanas, que promueven al país como un centro de tránsito, distribución comercial y nodo esencial en las cadenas de suministro regionales.

En cuanto a su inserción en el sistema multilateral regional la República Dominicana participa plenamente en la Asociación de Estados del Caribe (AEC), desde donde impulsa proyectos relacionados con turismo sostenible, seguridad marítima y cooperación ante desastres naturales. Asimismo, su compromiso con el Sistema de Integración Centroamericana (SICA) ha consolidado su

papel en temas de seguridad, integración económica y lucha contra el cambio climático.

De igual manera, la presencia dominicana en el foro CARIFORO¹⁸ —que agrupa a países caribeños en su relación con la Unión Europea— ha colocado a Santo Domingo en una posición estratégica como interlocutor clave, especialmente tras los cambios geopolíticos derivados del Brexit y la implementación del Acuerdo de Asociación Económica (EPA) entre el Caribe y la Unión Europea.

La seguridad regional representa uno de los ejes prioritarios de la política exterior dominicana en el Gran Caribe. Debido a su ubicación estratégica y conexión con rutas del tráfico ilícito, la República Dominicana ha liderado esfuerzos coordinados con países vecinos para combatir el narcotráfico, el tráfico ilegal de armas y la migración irregular. Estas iniciativas incluyen capacitación conjunta, intercambio de inteligencia y patrullajes marítimos coordinados, contando con apoyo de organismos internacionales.

La compleja situación política y social en Haití ha demandado un manejo diplomático cuidadoso por parte de Santo Domingo, quien asume un rol responsable en la gestión fronteriza y en la búsqueda de soluciones regionales que contribuyan a la estabilidad y desarrollo del vecino país. Este reto representa uno de los principales focos de la política exterior dominicana en el Gran Caribe.

¹⁸El Acuerdo de Asociación Económica (AAE), mejor conocido por las siglas en inglés de Economic Partnership Agreement (EPA), es un acuerdo negociado por la República Dominicana dentro del conjunto de países del Foro de Estados de los países de ACP (África, Caribe y Pacífico) del Caribe (CARIFORO), firmado en el 2008 con los Estados de la Unión Europea.

Pese a los avances logrados, existen desafíos estructurales que limitan una integración más profunda con el Caribe insular. Las diferencias idiomáticas y culturales, la ausencia de acuerdos comerciales amplios con ciertos países del área, y las limitaciones en conectividad aérea y marítima directa obstaculizan la fluidez de las relaciones bilaterales.

No obstante, el crecimiento económico sostenido, la mejora institucional y la voluntad política del país proyectan a la República Dominicana como un actor relevante en el futuro del Gran Caribe. Para mantener este protagonismo se requiere una política exterior coherente, flexible y proactiva que articule intereses nacionales con una visión integradora y solidaria hacia la región.

Históricamente la política exterior dominicana se centró en América del Norte y América Latina continental, pero desde principios del siglo XXI se ha fortalecido la estrategia hacia el Caribe anglófono, francófono y neerlandófono. Esto ha implicado la apertura de nuevas misiones diplomáticas, la firma de memorandos de entendimiento y una participación en foros regionales de concertación política.

En particular, la relación con los Estados miembros de la Comunidad del Caribe (CARICOM) ha avanzado notablemente, enfocándose en facilitar el comercio, la cooperación educativa y la colaboración en salud pública, especialmente tras la crisis global provocada por la pandemia de COVID-19.

El comercio intracaribeño, aunque aún reducido en proporción respecto al volumen total de comercio exterior dominicano, ha ganado relevancia. La existencia de zonas francas y puertos especializados ha impulsado el intercambio de bienes y servicios en sectores como

textiles, alimentos procesados y servicios de salud, contribuyendo a la diversificación de mercados.

Además, la República Dominicana ha promovido la cooperación Sur-Sur brindando asistencia técnica en áreas como formación profesional, agroindustria y gobernanza institucional. Esta colaboración ha sido valorada positivamente por varios países caribeños, fortaleciendo la imagen de la República Dominicana como un socio confiable y solidario en la región.

En conclusión, la posición de la República Dominicana en el Gran Caribe refleja una dinámica de creciente protagonismo y responsabilidad regional. Su capacidad de articular una política exterior coherente y proactiva será determinante para consolidar su rol como líder en el Caribe, promoviendo la integración y el desarrollo sostenible en un espacio caracterizado por su diversidad y retos comunes.

Cuadro comparativo: Relaciones de la República Dominicana con islas del Caribe

País / Territorio	Relaciones Diplomáticas	Intercambio Comercial	Cooperación y Cultura	Retos y Tensiones
Haití	Relaciones formales, con embajadas. Vinculación histórica y geográfica directa.	Flujo comercial activo, formal e informal. RD exporta alimentos, materiales de construcción y productos farmacéuticos.	Intercambio mixto; influencia cultural mutua; cooperación médica ocasional.	Tensiones por migración, derechos humanos, seguridad fronteriza, tráfico ilegal.

Cuba	Restablecidas en 1998; embajadas activas.	Bajo nivel comercial, con interés mutuo en expandir.	Intercambios educativos, culturales y médicos. Becas dominicanas para estudiantes cubanos.	Diferencias políticas pasadas aún influyen en algunos sectores.
Puerto Rico	No hay relaciones diplomáticas formales por ser territorio de EE.UU., pero sí consulado.	Flujo comercial constante, sobre todo en productos alimenticios y textiles.	Fuerte vínculo cultural y migratorio; familias entrelazadas; deportes compartidos.	Limitación institucional por ser colonia de EE.UU.; dependencia de regulaciones federales.
Jamaica	Relaciones diplomáticas normales. Embajada dominicana en Kingston.	Comercio modesto pero creciente; productos agrícolas, bebidas y manufacturas.	Interés cultural mutuo en música, arte, turismo. Colaboración en foros regionales.	Idioma y distancia física limitan un acercamiento más profundo.
Trinidad y Tobago	Relaciones diplomáticas plenas; presencia consular.	Importación clave de gas natural y productos derivados.	Participación conjunta en temas energéticos y seguridad regional.	Competencia comercial en algunas industrias, como petroquímica.
Barbados	Embajadas abiertas al diálogo; miembros	Comercio limitado; productos farmacéuticos	Interés en cooperación académica	Falta de conectividad aérea/marítima directa.

	del CARIFORO.	, químicos y bienes manufacturados.	y turismo sostenible.	
Antigua y Barbuda	Relaciones diplomáticas amistosas.	Escaso intercambio comercial. Posibilidades en turismo y servicios.	Participación conjunta en organismos regionales.	Limitaciones logísticas y poco conocimiento mutuo.
Santa Lucía	Relaciones diplomáticas normales.	Comercio casi simbólico; posibilidad de ampliarlo en sector agrícola y turismo.	Algunas iniciativas culturales a través de la AEC y CARIFORO.	Escasa interacción bilateral directa.
Dominica (Commonwealth)	Relaciones diplomáticas correctas.	Comercio bajo; algunas importaciones de RD.	Contacto cultural a través de proyectos del Caribe Oriental.	Escasa presencia diplomática dominicana directa.
San Vicente y las Granadinas	Relaciones institucionales básicas.	Comercio ocasional; turismo puede ser un puente de acercamiento.	Participación común en espacios de cooperación climática.	Falta de relaciones bilaterales profundas.
Granada	Relaciones cordiales; poco intercambio directo.	Comercio marginal; productos dominicanos llegan ocasionalmente.	Posibilidades en formación técnica y educación.	Desconexión física y baja visibilidad mutua.
Bahamas	Relaciones diplomáticas abiertas; sin embajadas residentes.	Comercio ligero, más bien en el sector turístico y servicios.	Potencial en turismo multidesarrollo y cooperación en pesca.	Escasa interacción institucional y lejanía geográfica.
Islas del Caribe	Relaciones estrechas,	Comercio moderado,	Comunidad dominicana	Problemas migratorios

neerlandés (Aruba, Curazao, Bonaire)	especialme nte por la migración dominicana.	enfocado en alimentos, bienes de consumo y remesas.	significativ a; fuerte influencia cultural en Curazao.	y laborales ocasionales.
Islas Vírgenes (británicas y estadounidens es)	Sin relaciones diplomática s formales (territorios no soberanos).	Comercio leve; turismo y remesas son los principales vínculos.	Población dominicana residente. Actividad económica dominicana visible.	Limitaciones jurídicas por estatus de territorios.

Capítulo XXV

La República Dominicana y su entorno caribeño: Vínculos bilaterales y proyecciones estratégicas

Este análisis ofrece una visión integral sobre el estado actual de las relaciones bilaterales entre la República Dominicana y los países que conforman el Caribe, abordando dimensiones políticas, comerciales, culturales y de cooperación internacional. Aunque la República Dominicana goza de una posición geográfica privilegiada dentro del espacio caribeño, sus vínculos con algunos de sus vecinos insulares han mostrado un desarrollo desigual y, en ciertos casos, limitado.

Las relaciones más sólidas y estructuradas se encuentran con territorios que comparten vínculos históricos o proximidad geográfica significativa, como Haití, Cuba y Puerto Rico. La interacción con Haití, si bien constante, enfrenta desafíos relacionados con la migración, el comercio informal y la administración fronteriza. En contraste, la relación con Puerto Rico se caracteriza por una fluidez mayor, sustentada en redes migratorias y afinidades culturales, aunque condicionada por el marco jurídico estadounidense. Las relaciones con Cuba han retomado impulso en las últimas décadas, principalmente en los ámbitos educativo y cultural, mientras que el comercio bilateral continúa siendo limitado.

En el Caribe anglófono —incluyendo naciones como Jamaica, Barbados y otros miembros de la CARICOM— las relaciones diplomáticas son cordiales, pero carecen aún de una profundidad significativa en lo económico y político. A pesar de un acuerdo de libre comercio vigente con CARICOM, persisten barreras idiomáticas, logísticas y de integración institucional. Sin embargo, emergen oportunidades en sectores como energía, formación técnica, turismo sostenible y respuesta conjunta al cambio climático.

En cuanto al Caribe oriental y territorios insulares de menor tamaño demográfico y económico —como Santa Lucía, Dominica, San Vicente y las Granadinas, Y Granada— los vínculos bilaterales con la República Dominicana se mantienen fundamentalmente a través de plataformas multilaterales, careciendo de un dinamismo propio. Aun así, estos países representan áreas potenciales para la cooperación, especialmente si se promueven mecanismos de intercambio técnico, educativo y turístico ajustados a sus realidades específicas.

Un caso particular lo constituyen las islas del Caribe neerlandés y francés, donde la diáspora dominicana ha fortalecido los lazos culturales y humanos. Comunidades en Curazao, Aruba y las Islas Vírgenes actúan como puentes informales entre economías y culturas, aunque las relaciones gubernamentales formales permanecen limitadas por el estatus político no soberano de estos territorios.

Uno de los principales retos para la política exterior dominicana en el Caribe es la asimetría en la conectividad física y comercial, además de la ausencia de una estrategia regional a largo plazo. No obstante, la República Dominicana cuenta con ventajas comparativas —incluyendo infraestructura desarrollada, un sistema financiero sólido, capacidad educativa y estabilidad institucional relativa— que pueden potenciar su proyección regional.

Haití: Vecindad histórica, complejidad y prioridad estratégica

La relación con Haití se distingue por su intensidad histórica y complejidad contemporánea. Compartiendo una misma isla, ambos países poseen sistemas políticos, lenguas, estructuras económicas e historias muy diferentes. La frontera común, extensa y porosa, de 390

kilómetros, es escenario cotidiano de intercambios comerciales formales e informales, circulación humana y conflictos asociados a la migración irregular, el tráfico ilícito y la inseguridad. A pesar de estos desafíos Haití sigue siendo un interlocutor prioritario para la República Dominicana, manteniendo una interdependencia que trasciende la diplomacia formal. La política exterior dominicana hacia Haití requiere evolucionar hacia un modelo estructurado de cooperación que integre acciones binacionales en desarrollo fronterizo, salud pública, educación y gestión ambiental.

Hay un hecho incontrovertible: la trascendencia de la mano de la obra haitiana en el proceso productivo de la República Dominicana y en su mercado interno en general, así como el impacto de las remesas hacia Haití. No menos importante es la creciente inversión directa de capitales haitianos en territorio dominicano. Es significativo, además, el número de estudiantes haitianos en los distintos eslabones de la educación dominicana.

Puerto Rico: Vínculos comunitarios, comercio y relaciones informales

Las relaciones con Puerto Rico están marcadas por una intensa interacción humana, la cual derivada de una migración dominicana significativa hacia la isla. Esta dinámica ha generado vínculos sociales, familiares y económicos profundos, más allá de las relaciones diplomáticas formales. Aunque Puerto Rico no posee plena soberanía, las relaciones consulares, comerciales y comunitarias entre ambos territorios son intensas y de alto impacto. La diáspora dominicana constituye una plataforma esencial para fortalecer redes de apoyo y promover iniciativas económicas bilaterales (Ares Germán, 2025). La historia compartida, manifestada en aspectos culturales como la música y la gastronomía, complementa estos lazos, mientras que la coordinación

en materia migratoria y cooperación en salud, educación y cultura amplía la agenda común.

Cuba: De la afinidad histórica al potencial de cooperación estratégica

La relación entre la República Dominicana y Cuba tiene raíces históricas ligadas a la lucha anticolonial y la influencia de movimientos socialistas en la región. Tras un período de distanciamiento político las relaciones se han reanudado desde la década de 1990, estableciéndose un marco de diálogo basado en el respeto mutuo y la cooperación técnica y cultural. Cuba ha sido un socio relevante en la formación médica y en la educación superior, con numerosos estudiantes dominicanos en la isla. La colaboración cultural y académica es constante, aunque el comercio bilateral se mantiene limitado por restricciones económicas y conectividad logística. Áreas con alto potencial incluyen la biotecnología, energías renovables, turismo de salud y agricultura sostenible, con oportunidades para fortalecer proyectos de investigación conjunta y diplomacia científica.

Otros vínculos en el Caribe

- Bahamas: La relación se limita a foros multilaterales y turismo, con creciente interés en conectar rutas hacia Nassau. Existe cooperación en seguridad marítima y migración.
- Islas Caimán y Bermudas: Enfoque en diálogo técnico sobre transparencia fiscal y prevención del lavado de activos, principalmente en organismos multilaterales.
- Islas Vírgenes: Relaciones limitadas, pero con fuertes lazos sociales y migratorios con las islas estadounidenses; cooperación en seguridad y lucha contra delitos financieros en las británicas.
- Guadalupe y Martinica: Cooperación cultural, educativa y científica a través de programas como

INTERREG Caribe financiado por la Unión Europea, con intercambios académicos y misiones comerciales.

- Caribe Oriental: Microestados con economías pequeñas y alta vulnerabilidad climática, donde la República Dominicana promueve cooperación técnica y turismo sostenible, especialmente a través de la OECO.
- Caribe neerlandés y francés: La diáspora dominicana es un motor de intercambio cultural y económico; se trabaja en cooperación consular, laboral y comercial, además de lucha contra el narcotráfico y gestión de riesgos.
- Caribe anglófono: Jamaica representa una oportunidad estratégica para diversificar la cooperación, mientras que Trinidad y Tobago se destacan en temas energéticos y Barbados en turismo sostenible y seguridad alimentaria.

Desafíos y oportunidades

La política exterior dominicana hacia el Caribe enfrenta obstáculos estructurales relacionados con la limitada conectividad aérea en la mayoría de los casos, y marítima, además de la escasa complementariedad económica con muchas islas. Sin embargo, áreas como la energía, la educación superior, turismo multidesestino y cooperación climática representan oportunidades claras para fortalecer vínculos regionales.

El Caribe, más allá de lo económico, es un espacio compartido de cultura, historia y desafíos comunes. La consolidación de una política exterior dominicana más articulada y comprometida con sus vecinos caribeños permitirá ampliar oportunidades de desarrollo y contribuir a un entorno regional más resiliente, solidario y soberano frente a retos globales.

Capítulo XXVI

Limitaciones estructurales y desafíos para una política regional efectiva en el Gran Caribe

El avance hacia una política regional efectiva en el Gran Caribe enfrenta múltiples limitaciones estructurales que restringen la capacidad de los Estados para actuar de manera coordinada, coherente y sostenida en el tiempo. Pese a los esfuerzos realizados en integración y cooperación, persisten obstáculos de índole institucional, económica, política y geográfica que dificultan la consolidación de una agenda regional con impacto tangible y duradero.

Una dificultad fundamental radica en la notable diversidad estructural que caracteriza a los países caribeños. Esta región agrupa economías de tamaños muy disímiles y con distintos niveles de desarrollo socioeconómico, además de contar con sistemas políticos variados —que incluyen repúblicas, monarquías parlamentarias y territorios dependientes— y una pluralidad lingüística que abarca el español, inglés, francés, neerlandés y criollo. A esta variedad cultural y política se suman trayectorias históricas profundamente diferenciadas. Tal complejidad, aunque enriquecedora desde una perspectiva sociocultural, ha representado un impedimento para la generación de consensos duraderos y la aplicación de políticas regionales compartidas.

En segundo lugar, la limitada capacidad institucional emerge como un freno significativo. Organismos regionales como la AEC y la CARICOM se enfrentan a restricciones operativas, tanto por la ausencia de mecanismos coercitivos para hacer cumplir acuerdos como por la insuficiencia en financiamiento y en estructuras permanentes con capacidad para implementar políticas efectivas. La falta de voluntad política de algunos gobiernos para ceder autonomía en asuntos nacionales acentúa esta fragmentación y dificulta el avance hacia una integración regional genuina.

La vulnerabilidad económica y ambiental de los países del Gran Caribe constituye otro desafío relevante. Muchas economías dependen en gran medida de sectores sensibles, como el turismo, las remesas y la exportación de materias primas, lo que las hace susceptibles a fluctuaciones en la economía global, así como a los impactos recurrentes de desastres naturales y al cambio climático. Esta fragilidad ha orientado las políticas nacionales hacia enfoques de corto plazo centrados en la supervivencia económica inmediata, relegando la formulación y ejecución de estrategias regionales sostenibles y de largo alcance.

Desde una perspectiva geopolítica la influencia persistente de potencias extrarregionales — particularmente de Estados Unidos, la Unión Europea, China y otros actores globales— condiciona la autonomía de decisión del Caribe. Si bien esta presencia facilita el acceso a cooperación técnica y financiamiento, también produce alineamientos asimétricos que dividen la región y reducen la capacidad colectiva para desarrollar políticas con una voz independiente y unificada. La prevalencia de la ayuda bilateral, muchas veces condicionada, suele desplazar iniciativas multilaterales más inclusivas y representativas.

La insuficiente conectividad, tanto física como digital, entre los países caribeños representa un obstáculo adicional de magnitud significativa. A pesar de la proximidad geográfica el comercio intrarregional permanece bajo, afectado por rutas marítimas y aéreas limitadas y costosas. Asimismo, la infraestructura digital todavía no alcanza los niveles necesarios para facilitar la coordinación institucional y la colaboración eficiente entre los Estados. Esta desconexión limita no solo el intercambio comercial, sino también la articulación de políticas conjuntas en áreas estratégicas.

Finalmente, la situación sociopolítica interna que caracteriza a varios países de la región —manifestada en conflictos políticos, desigualdades sociales persistentes y sistemas democráticos frágiles— reduce la capacidad de sus gobiernos para comprometerse de forma sostenida con proyectos regionales. Cuando las agendas nacionales están dominadas por problemáticas internas urgentes los compromisos multilaterales tienden a perder prioridad.

Ante estos desafíos complejos el diseño de una política regional efectiva requiere no solo de reformas institucionales profundas y una voluntad política para converger en objetivos comunes, sino también de inversiones estratégicas en infraestructura de conectividad y tecnología. Asimismo, se impone un compromiso renovado con una visión regional basada en los principios de solidaridad, resiliencia e interdependencia, que permita superar las barreras estructurales y sentar las bases para un desarrollo compartido y sostenible.

Capítulo XXVII

Recomendaciones estratégicas para la política exterior dominicana en el Gran Caribe

La superación de las limitaciones estructurales que enfrenta la política regional en el Gran Caribe exige una estrategia multidimensional, pragmática y sostenida que combine la renovación institucional, la cooperación regional efectiva y el aprovechamiento de las sinergias geopolíticas y económicas. Para la República Dominicana, país con una localización geoestratégica privilegiada, se abre la posibilidad de asumir un rol más dinámico, integrador y propositivo en el espacio caribeño.

Con base en el diagnóstico expuesto en los capítulos anteriores se proponen a continuación algunas líneas estratégicas de acción para fortalecer la política exterior dominicana en el Gran Caribe. Estas recomendaciones están formuladas desde una perspectiva realista articulada con los objetivos nacionales de desarrollo y con las oportunidades que ofrece la diplomacia regional.

1. Construcción de una política de Estado hacia el Gran Caribe

Se recomienda establecer una estrategia oficial y sostenida para las relaciones con el Caribe, que trascienda las alternancias políticas y se institucionalice como una política de Estado. Esta estrategia debe estar fundamentada en una visión de largo plazo que articule los intereses nacionales con los principios de solidaridad, integración y cooperación mutua.

Para ello sería pertinente fortalecer la Dirección de Relaciones con Haití del Ministerio de Relaciones Exteriores (MIREX), dotándola de recursos humanos, financieros y técnicos que le permitan ejecutar una agenda integral. Asimismo, debe elaborarse un documento estratégico para la proyección dominicana en

el Caribe, que incluya objetivos específicos, indicadores de impacto, mecanismos de evaluación periódica y canales de coordinación interinstitucional.

2. Integración activa y protagónica en los mecanismos regionales

La República Dominicana debe profundizar su participación y liderazgo en foros como la CARICOM, la AEC, OECO y la CELAC.

Es prioritario avanzar hacia la membresía plena en la CARICOM, una meta reconocida por la Cancillería dominicana desde hace varios años, lo que permitiría a la República Dominicana participar con voz y voto en las decisiones estratégicas del bloque. La República Dominicana puede liderar propuestas en áreas críticas como la seguridad alimentaria, la resiliencia climática, el turismo sostenible y la conectividad regional.

3. Diplomacia ampliada: cultural, académica y económica

Más allá de la diplomacia tradicional, se debe promover una diplomacia cultural, académica, científica y comercial que acerque a los pueblos caribeños y diversifique los canales de influencia. Algunas acciones sugeridas:

- *Misiones comerciales recíprocas*, especialmente en sectores como energía renovable, agroindustria, salud, TIC, ecoturismo y turismo médico.
- *Establecimiento de agregadurías culturales y comerciales* en embajadas estratégicas (como Jamaica, Trinidad y Tobago, Guyana y Barbados).
- *Programas de movilidad académica*, convenios entre universidades caribeñas y dominicanas, y redes de investigación compartida sobre temas de interés común.

4. Fortalecimiento lingüístico e identitario

Las barreras idiomáticas siguen afectando la integración regional, por lo que se recomienda fortalecer el aprendizaje del inglés, francés y creole en la formación de diplomáticos, sobre todo para aquellos designados en el Caribe. Asimismo, la promoción de campañas públicas e institucionales que posicionen a la República Dominicana como un actor plenamente caribeño, con identidad trinacional: antillana, latinoamericana y caribeña.

5. Reformulación del currículo diplomático

El Instituto de Educación Superior en Formación Diplomática y Consular (INESDYC) podría incorporar un curso obligatorio sobre el Gran Caribe, con los siguientes componentes:

- Misiones académicas en países de la región.
- Simulaciones diplomáticas sobre integración regional.
- Estudios de caso sobre relaciones bilaterales caribeñas.
- Tesis o investigaciones aplicadas en temas regionales prioritarios.

6. Consolidar una narrativa estratégica

La República Dominicana debe construir una narrativa diplomática estratégica que articule sus intereses con los del Caribe. Esta narrativa debe presentarla como un socio confiable, activo, solidario y con visión transformadora. Las condiciones para alcanzar este objetivo existen: un crecimiento económico sostenido, su estabilidad política, su experiencia diplomática y una comunidad de intereses compartidos con sus vecinos insulares.

La política exterior dominicana en el Gran Caribe requiere de una transformación cualitativa y sostenida. El país posee el potencial, la ubicación y la voluntad política para consolidarse como un líder regional. La clave está en combinar visión estratégica con ejecución efectiva, y en traducir la diplomacia regional en beneficios tangibles para sus ciudadanos y para el conjunto del Caribe.

Conclusión

A lo largo de estas páginas hemos recorrido el entramado de relaciones que la República Dominicana ha construido con los países y organismos del Gran Caribe, reconociendo que estas conexiones trascienden lo meramente diplomático para abarcar dimensiones históricas, culturales, económicas y geopolíticas. Lejos de ser una región periférica el Gran Caribe representa un espacio vital, dinámico y estratégico para la proyección internacional del país, así como un terreno fértil para ensayar nuevas formas de cooperación regional.

La República Dominicana se encuentra en un momento crucial para redefinir su papel en el Caribe a través de una proyección estratégica multidimensional, fundamentada en su historia, ubicación geográfica, capacidad institucional y aspiraciones de liderazgo regional. Las Antillas, América Central, las islas del Caribe insular y los países litorales con el mar Caribe en el subcontinente latinoamericano conforman un espacio geopolítico donde convergen desafíos comunes y oportunidades compartidas. Ante este escenario la formulación de una estrategia integral no es solo una opción, sino una necesidad impostergable.

Los vínculos bilaterales y multilaterales analizados en este libro muestran una evolución positiva, aunque no exenta de problemas concretos. La República Dominicana ha avanzado en el fortalecimiento de sus relaciones con las naciones del Caribe insular, ha diversificado sus instrumentos de cooperación y ha participado activamente en foros regionales. Sin embargo, persisten cuestiones estructurales que limitan el alcance de una política exterior plenamente integrada en el Caribe. Así, la dispersión institucional, las asimetrías económicas, las brechas idiomáticas y los rezagos en la conectividad física

y normativa aún dificultan la consolidación de un verdadero espacio regional.

En este contexto la consolidación de una política exterior dominicana hacia el Gran Caribe exige claridad estratégica, voluntad política sostenida y una visión de largo plazo que combine la diplomacia tradicional con mecanismos innovadores de integración regional. El país debe continuar afirmando su identidad caribeña no como un acto simbólico, sino como una apuesta concreta por un modelo de desarrollo compartido, justo y resiliente.

Este libro no pretende ofrecer respuestas definitivas, sino abrir espacios para el análisis crítico y el debate informado. En tiempos de transformaciones globales aceleradas la República Dominicana tiene la oportunidad —y la responsabilidad— de posicionarse como un puente entre el Caribe, América Latina y el resto del mundo, promoviendo una diplomacia activa, cooperativa y profundamente comprometida con los intereses comunes de la región.

Uno de los principales hallazgos de este trabajo es la importancia de dar carácter permanente a mecanismos de coordinación interinstitucional. Esto facilitaría la puesta en marcha de políticas públicas articuladas entre los ministerios, las misiones diplomáticas, las universidades, el sector privado y la sociedad civil. Este tipo de arquitectura institucional es indispensable para garantizar la continuidad, la evaluación sistemática y el ajuste dinámico de las acciones exteriores dominicanas en la región.

En términos de resultados esperados se proyecta un fortalecimiento de la presencia diplomática, comercial, científica y cultural de la República Dominicana en el Caribe, acompañado de una mayor capacidad de influencia en espacios multilaterales y una ampliación de las redes de cooperación. El énfasis en indicadores de

impacto y mecanismos de evaluación permitirá transitar de una política exterior reactiva a una proactiva, basada en la gestión por resultados y en la evidencia.

Enfocarse hacia el Caribe no es mirar hacia atrás, sino visualizar el mundo cercano hacia dentro, haciendo énfasis en nuestras raíces, en los desafíos comunes y en las posibilidades futuras. Solo comprendiendo mejor nuestro entorno podremos imaginar un lugar más justo para todos en el concierto regional.

El presente documento ofrece una hoja de ruta para fortalecer la inserción regional de la República Dominicana. Esta debe realizarse, como hemos insistido, a través de una diplomacia activa, de la cooperación funcional y la integración económica y cultural. La identificación de ejes estratégicos —como la diplomacia regional, la cooperación científica y técnica, la seguridad multidimensional, la transición energética, la conectividad y la identidad cultural— permite articular una visión coherente que trasciende la diplomacia tradicional y se proyecta hacia una política exterior más pragmática, flexible y eficaz.

En resumen, la proyección estratégica dominicana en el Caribe requiere de voluntad política, visión de largo plazo y una estructura institucional robusta que permita articular capacidades nacionales con demandas regionales. Solo así podrá la República Dominicana consolidar una posición de liderazgo responsable, solidario y eficaz en su entorno geográfico inmediato, contribuyendo activamente a la estabilidad, el desarrollo y la integración del Gran Caribe.

Bibliografía

Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo (AECID). (s.f.). República Dominicana. <https://www.aecid.es>

Banco Central de la República Dominicana. (s. f.). Estadísticas económicas. <https://www.bancentral.gov.do>

Banco Interamericano de Desarrollo (BID). (s. f.). República Dominicana y el BID. <https://www.iadb.org>

Banco Mundial. (s. f.). Dominican Republic. <https://www.worldbank.org>

Cámara de Diputados de la República Dominicana. (s. f.). Legislación dominicana. <https://www.camaradediputados.gob.do>

Centro de Exportación e Inversión de la República Dominicana (ProDominicana). (s. f.). Estadísticas de comercio e inversión. <https://prodominicana.gob.do>

Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL). (s. f.). República Dominicana. <https://www.cepal.org>

Comisión Europea. (s. f.). Relaciones con la República Dominicana. <https://ec.europa.eu>

Constitución de la República Dominicana. (2015). Gaceta Oficial de la República Dominicana.

Consejo Nacional de la Empresa Privada (CONEP). (s. f.). Informes y publicaciones. <https://www.conep.org.do>

Diario Libre. (s. f.). Noticias nacionales e internacionales. <https://www.diariolibre.com>

El Caribe. (s. f.). Noticias nacionales. <https://www.elcaribe.com.do>

El Día. (s. f.). Noticias y opinión. <https://eldia.com.do>

El Nacional. (s. f.). Periódico dominicano.
<https://elnacional.com.do>

El Nuevo Diario. (s. f.). Noticias y actualidad.
<https://elnuevodiario.com.do>

El País. (s. f.). Noticias internacionales. <https://elpais.com>

European Union External Action Service (EEAS). (s. f.).
Delegation to the Dominican Republic.
<https://www.eeas.europa.eu>

FAO. (s. f.). Dominican Republic. Food and Agriculture
Organization of the United Nations. <https://www.fao.org>

Funglode. (s. f.). Publicaciones académicas.
<https://www.funglode.org>

Gobierno de la República Dominicana. (s. f.). Portal
oficial. <https://www.gob.do>

Hoy Digital. (s. f.). Noticias dominicanas.
<https://hoy.com.do>

Instituto Dominicano de Aviación Civil (IDAC). (s. f.).
Publicaciones oficiales. <https://www.idac.gob.do>

Instituto Nacional de Migración (INM RD). (s. f.). Informes
y estadísticas. <https://www.inm.gob.do>

Junta Central Electoral (JCE). (s. f.). Datos electorales.
<https://www.jce.gob.do>

Listín Diario. (s. f.). Noticias nacionales.
<https://listindiario.com>

Ministerio de Agricultura de la República Dominicana. (s.
f.). Informes estadísticos. <https://www.agricultura.gob.do>

Ministerio de Cultura de la República Dominicana. (s. f.).
Programas y publicaciones culturales.
<https://www.cultura.gob.do>

Ministerio de Economía, Planificación y Desarrollo (MEPyD). (s. f.). Planes y estrategias nacionales de desarrollo. <https://mepyd.gob.do>

Ministerio de Educación Superior, Ciencia y Tecnología (MESCyT). (s. f.). Programas de becas y cooperación internacional. <https://mescyt.gob.do>

Ministerio de Hacienda de la República Dominicana. (s. f.). Informes económicos y fiscales. <https://www.hacienda.gob.do>

Ministerio de Industria, Comercio y Mipymes (MICM). (s. f.). Reportes sobre comercio e inversión. <https://micm.gob.do>

Ministerio de Relaciones Exteriores (MIREX). (s. f.). Política exterior y relaciones internacionales. <https://mirex.gob.do>

Ministerio de Turismo de la República Dominicana. (s. f.). Estadísticas del sector turístico. <https://www.mitur.gob.do>

Oficina Nacional de Estadística (ONE). (s. f.). Censos y estadísticas oficiales de República Dominicana. <https://www.one.gob.do>

Organización de Estados Americanos (OEA). (s. f.). República Dominicana – Estado miembro. <https://www.oas.org>

Organización de las Naciones Unidas (ONU). (s. f.). United Nations in Dominican Republic. <https://dominicanrepublic.un.org>

Organización Mundial del Comercio (OMC). (s. f.). Trade policy review: Dominican Republic. <https://www.wto.org>

Organización Panamericana de la Salud (OPS). (s. f.). Dominican Republic country profile. <https://www.paho.org>

Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO). (s. f.). Oficina de la UNESCO en Santo Domingo. <https://www.unesco.org>

Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD). (s. f.). Informe de desarrollo humano: República Dominicana. <https://www.undp.org>

Programa Mundial de Alimentos (PMA). (s. f.). Dominican Republic. <https://www.wfp.org>

República Dominicana, Congreso Nacional. (s. f.). Leyes y resoluciones internacionales. <https://www.congresord.gob.do>

Secretaría General Iberoamericana (SEGIB). (s. f.). República Dominicana en la cooperación iberoamericana. <https://www.segib.org>

Servicio Geológico Nacional (SGN). (s. f.). Mapas y estudios geológicos de la República Dominicana. <https://www.sgn.gob.do>

Sistema Económico Latinoamericano y del Caribe (SELA). (s. f.). República Dominicana – Estado miembro. <https://www.sela.org>

Sistema de la Integración Centroamericana (SICA). (s. f.). Participación de la República Dominicana. <https://www.sica.int>

Suprema Corte de Justicia de la República Dominicana. (s. f.). Jurisprudencia y sentencias. <https://www.poderjudicial.gob.do>

Tesorería de la Seguridad Social (TSS). (s. f.). Estadísticas y normativas. <https://www.tss.gob.do>

Unión Europea (UE). (s. f.). Delegation of the European Union to the Dominican Republic. <https://www.eeas.europa.eu>

Universidad Autónoma de Santo Domingo (UASD). (s. f.). Publicaciones y revistas académicas. <https://uasd.edu.do>

World Bank (Banco Mundial). (s. f.). Dominican Republic overview. <https://www.worldbank.org>

World Health Organization (WHO). (s. f.). Country cooperation strategy: Dominican Republic. <https://www.who.int>



José Tomás Ares Germán

Diplomático de carrera, abogado, consultor internacional y artista plástico, cuenta con una destacada trayectoria de más de 40 años en los sectores aeronáutico, diplomático y cultural. Ha representado a la República Dominicana como embajador extraordinario y plenipotenciario en Colombia, Jamaica, Suiza y como ministro consejero en Panamá. Actualmente se desempeña como embajador, director para asuntos de América Latina y el Caribe en el Ministerio de Relaciones Exteriores de la República Dominicana.

Posee un doctorado en Derecho, una maestría en Relaciones Internacionales y especializaciones en Diplomacia, Negociaciones Internacionales y Gestión Pública, obtenidas en prestigiosas universidades y centros de formación en República Dominicana, Estados Unidos y Europa. Es también coach internacional certificado por el Word Coaching Corporation y notario público de los del número del Distrito Nacional de la República Dominicana.

Además, ha cursado estudios en Business Management en The Legal Studies Institute en la Florida International University, Human Talent Management en la Florida Institute of Management de la Florida International University. Asimismo, Elaboración, Gestión y Presentación de Proyectos en la Administración Pública, Curso de Elaboración y Presentación de Discursos por la Escuela Europea de Gerencia y DUX Escuela de Gobierno; por la OEA y CIM, Curso de Introducción y Conceptos básicos sobre Género, Diversidad y Derechos Humanos.

Ha participado además en diversos programas impartidos por el Instituto de Educación Superior en Formación Diplomática y Consular (INESDYC) en el Ministerio de Relaciones Exteriores de la República Dominicana, en Diplomacia, Derecho y Negociaciones Internacionales, como el Curso sobre la Convención de Viena de 1961 y 1963; Diplomacia Energética, El Caribe: Actualidad y Oportunidades de Negocios; Diplomacia Comercial y Cooperación Internacional; Política Exterior Dominicana y Geopolítica; El Caribe: Actualidad y Oportunidades de Negocios para la Republica Dominicana; Curso sobre Diplomacia Cultural Dominicana; Curso de Protocolo, Organización de Eventos y Etiqueta; Taller sobre Sensibilización de los Derechos Humanos; Curso de Elaboración y Presentación de Discursos, entre otros.

Como artista plástico ha expuesto sus obras en importantes galerías y centros culturales en República Dominicana, Jamaica, Puerto Rico, Estados Unidos, Cuba, Italia, Suiza y Colombia, recibiendo múltiples reconocimientos por su aporte al arte y la cultura. Además, su obra "Virgen de la Altagracia" se encuentra en la Catedral de Kingston, Jamaica, y en la más relevante de Madrid, Cundinamarca, Colombia, la iglesia "San Francisco de Paula".

Su amplio conocimiento en relaciones bilaterales, aviación comercial y diplomacia, sumado a su sensibilidad artística, le ha permitido fusionar las esferas de la política exterior, el turismo y la cultura, convirtiéndose en un referente de la diplomacia cultural dominicana.